

IA Y DELFINA BUNGE

# EL ARCA DE NOÉ

LIBRO DE LECTURA  
PARA  
SEGUNDO  
GRADO

3ª EDICIÓN.



DIBUJOS DE UTRILLO  
ACUARELAS DE G. SANTOS

LL  
1916  
BUN

C  
H - 11  
35



00056431

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



EL ARCA DE NOÉ



19399

JULIA Y DELFINA BUNGE

# El Arca de Noé

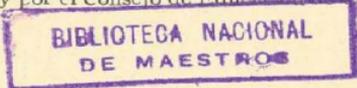
DIBUJOS DE UTRILLO

ACUARELAS DE G. SANTOS

## Libro de lectura

Segundo grado

Aprobado por el Consejo Nacional de Educación  
y por el Consejo de Educación de Córdoba



3.<sup>a</sup> EDICIÓN

DEPÓSITO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

CABAUT Y C<sup>IA</sup>

ALSINA Y BOLÍVAR, 500 BUENOS AIRES

1407188

*Hecho el depósito que  
marca la ley n.º 7.092*

Talleres de Artes Gráficas  
HENRICH Y C.<sup>a</sup>  
Córcega, 348.—Barcelona (España)  
1916

A la memoria de nuestro  
padre, que amó tanto á los  
niños.



## CÓMO SE ESCRIBIÓ ESTE LIBRO

**QUERIDOS NIÑOS:** ¿Queréis saber cómo se escribió este libro para vosotros? Escuchad:

Había una vez dos niñas que iban á la escuela, jugaban, y leían en sus libros de lectura, lo mismo que vosotros. Tenían muchos hermanitos, y entre todos inventaban los trabajos más interesantes y los juegos más divertidos. Hacían casas, jardines, teatros, orquestas, tiendas, rifas, ejércitos, barcos...

Era una familia muy alegre. Pero era también una familia estudiosa. Todas las noches podía verse, alrededor de una mesa cubierta de libros y cuadernos, el racimo que formaban las cabezas inclinadas...

Más tarde esas niñas fueron grandes y se encontraron en el campo, lejos de todos sus amigos y conocidos.

Entonces pudieron apreciar la utilidad de aquellos juegos, estudios y trabajos de la infancia.

Y así, recordando su niñez, quisieron dedicar el tiempo á los niñitos de ahora, para divertirlos con lo

que á ellas las había divertido, para despertarles ese gusto por la lectura y el trabajo, que les era un tesoro en la soledad. ¡Quizá ellos se encontraran también solos alguna vez!

No creáis, pues, que este libro haya sido escrito por un serio profesor de anteojos de oro, en un solemne escritorio, á la triste luz de una lámpara. No: este libro ha sido escrito bajo los árboles y en compañía de los pajaritos...

Las niñas de antes — señoritas ahora — tomaron, pues, de nuevo sus cuadernos y sus plumas de escolares... Y sucedió que la naturaleza entera, como si supiera que se trataba de un libro para los niños, quiso tomar parte en su trabajo. El viento juguetón las obligó más de una vez á correr tras los papeles, arrancándoselos de las manos. Los árboles dejaron caer sobre las páginas, primero sus flores, como si quisieran perfumarlas, después sus hojas en otoño. Y en invierno, los pajaritos, olvidados del frío, se asomaban por entre las ramas, como curiosos de leer los cuentecitos en que se hablaba de ellos; y, dejando caer sobre las cabezas inclinadas el grano que llevaban en sus picos, se ponían á cantar

Pero cuando la pícara lluvia comenzaba á decir en su lenguaje «yo también, yo también quiero escribir para los niños», había que abandonar el sitio delicioso

entre los árboles, pues las gotas, creyendo escribir, borraban lo escrito, mientras ejecutaban sobre el papel su alegre musiquita de tambor.

Las que escribían el libro refugiábanse entonces bajo el alero del corredor. Allí se guarecían también la cabrita blanca que las seguía balando, como si les dijera: ¡recuerdos á los niños!, el gato de pelo áspero y amarillo, que poco á poco se había domesticado, hasta acurrucarse mimoso á sus pies, y el picaflor que había tejido su nido — ¿á qué no adivináis en dónde? — en un alambrecito que colgaba de una viga del techo. Nido y picaflor parecían un farolito que iluminaba con sus brillantes colores el rústico corredor cubierto de enredaderas.

Al caer la tarde, las vacas que volvían de pastar en el campo, se detenían silenciosas delante del grupo. Con sus miradas dulces y tristes, y alguna vez con sus mugidos, parecían querer recordar sus derechos á figurar en el ARCA DE NOÉ. ¿No eran los vasos de leche tibia y espumosa un dón exquisito para los niños?

Esa vuelta de las vacas era la señal para dejar el trabajo. El sol se ponía detrás de las montañas dándoles los más preciosos colores. Y á las montañas dirigían sus pasos las niñas grandes que no habían olvidado aún el placer de subir y de bajar las cuestas...

Cada cosa linda que veían, la examinaban detenida-

mente para contársela luego á los niños. ¡Y cuántas cosas vieron! Tantas, que no caben en un libro, y sólo esperan saber si éste os ha gustado para ofrecer otros.

Ya sabéis pues, queridos niños, cómo se ha escrito este libro y con qué ayudas: la de la lluvia, la del viento, la de las flores y las hojas, y la de las piedras que ofrecían sus asientos... De modo que, al hablaros de estas cosas, las autoras no dijeron sino lo que veían, lo que oían.

También les prestaron su ayuda los mismos niños; el recuerdo de unos sobrinitos queridos, y aquellos chiquillos del pueblo que tantas veces se acercaron á ellas mientras escribían, quizá en espera de algún cuento... ó de alguna golosina; por último, una mamá que sabía recordarles mejor su infancia, y un papá que quería mucho á los niños y á quien, como al abuelito de este libro, le gustaban los cuentos.

Esto, algunas vizcachas, las palomitas torcaces y el perro guardián, es todo lo que ha rodeado las páginas que ahora leeréis, y que fueron escritas para vosotros, bajo los árboles los días de sol, y los de lluvia bajo el rústico corredor cubierto de enredaderas é iluminado por los colores del picaflor.

*Sierras de Córdoba.*

# EL ESCUDO ARGENTINO



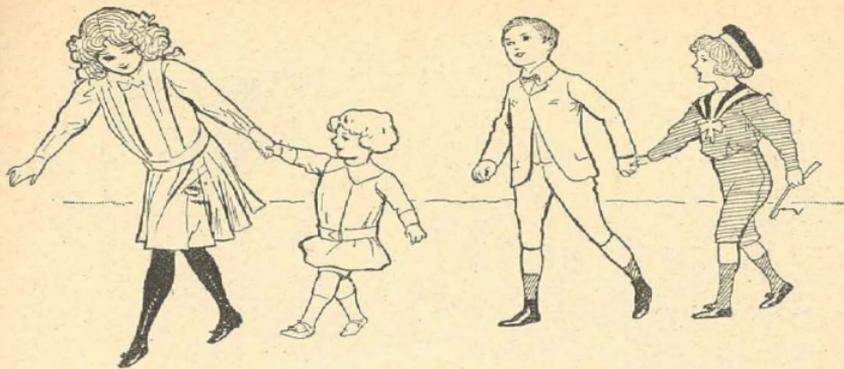
Emblema de Unión, de Libertad y de Gloria.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



El general Belgrano fué el primer abanderado de la Patria. Desplegó la bandera celeste y blanca frente á las tropas, sosteniéndola en su propia mano.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

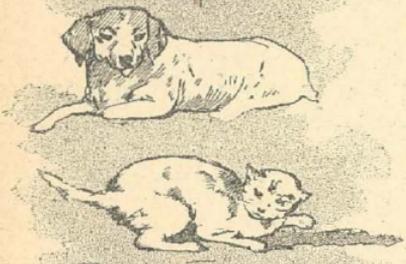
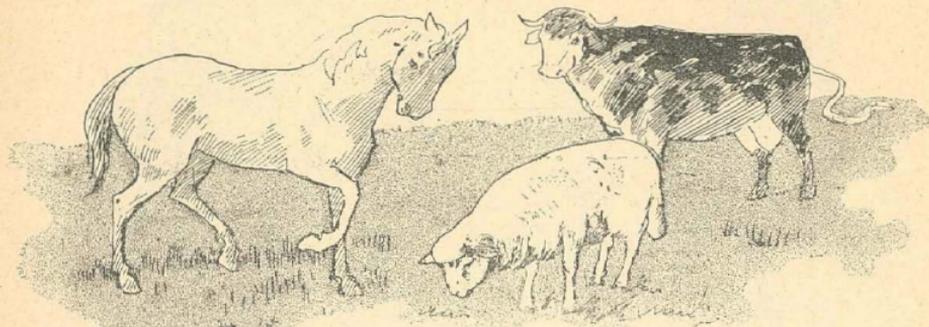


## EL ARCA DE NOÉ

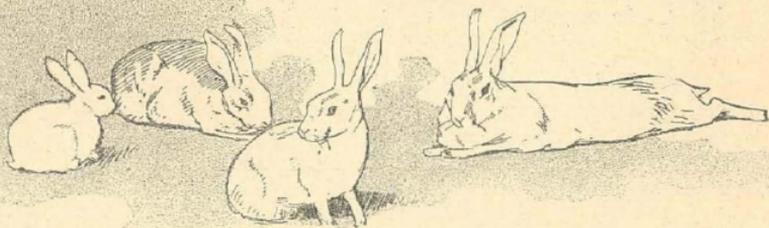
Este es el nombre con que Adita, Juan, Jorge y Tito han bautizado su casa. Porque en ella hay de todo:

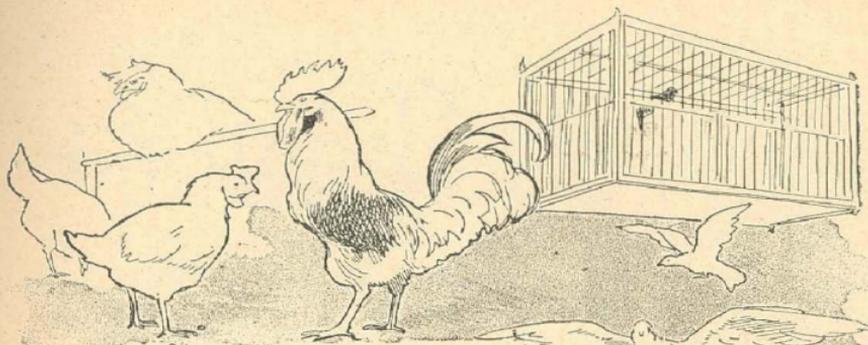
una mamá y un papá;  
plantas en el jardín;





un caballo, una  
vaca y un cordero  
que son muy amigos;  
un perro que se  
llama Pipo, un gato,  
y muchos conejitos;

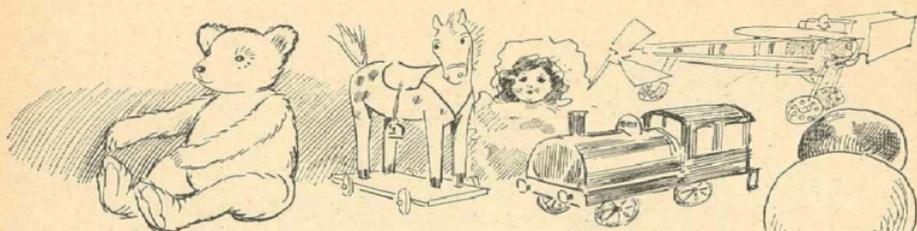




un gallinero con gallinas, pajaritos en jaulas, y pajaritos sueltos que comen el alpiste que se cae de las jaulas.

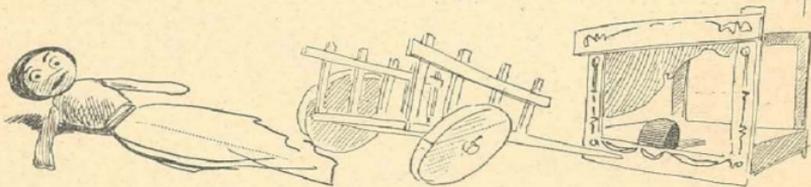
También hay otros animales sueltos: hormigas, palomas, mariposas y arañas.





## LOS JUGUETES

En el Arca de Noé hay toda clase de juguetes; algunos, recibidos de regalo en los días de Navidad y Año Nuevo, otros, fabricados por los mismos niños.

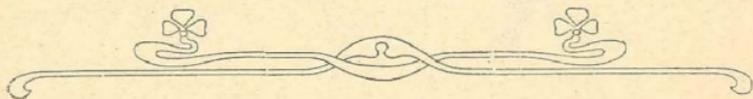




Los juguetes del papá son: un vidrio de aumento para mirar los bichitos, y un fusil para cazar.

Los de la mamá son sus hijitos y los juguetes de sus hijos, porque con ellos juega.

Pero sería muy largo nombrar todo lo que hay en la casa. Sin salir de ella, los niños aprenden muchas cosas. Y sus amiguitos los visitan á menudo porque el Arca de Noé es muy divertida.





### — LAS VISITAS

Además van de visita al Arca de Noé,  
un abuelito que lleva á pasear á sus nietos  
cuando han sido buenos y aplicados;

una abuelita, que les cuenta cuentos muy  
lindos, los días de lluvia, cuando no pueden  
jugar en el jardín;



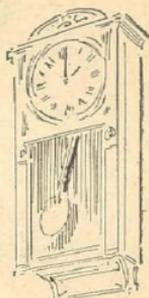


una tía Adelia y  
un tío Eduardo, que  
enseñan á sus sobri-  
nos á leer, á escribir,  
y otras muchas cosas  
muy útiles y entrete-  
nidas.



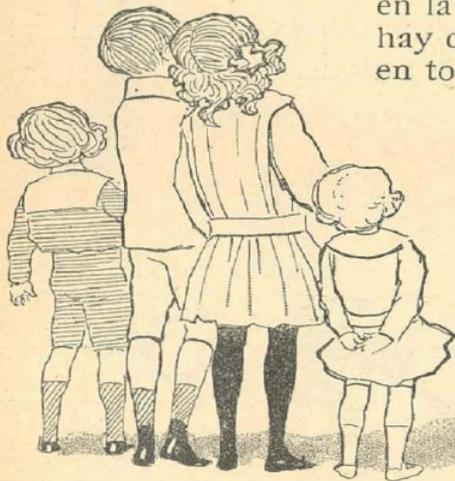
## EL SEÑOR TIC, TAC

Este es el reloj del Arca de Noé. Se llama el señor Tic, Tac. No atrasa ni adelanta, y todas las horas que marca son alegres. ¿Por qué?

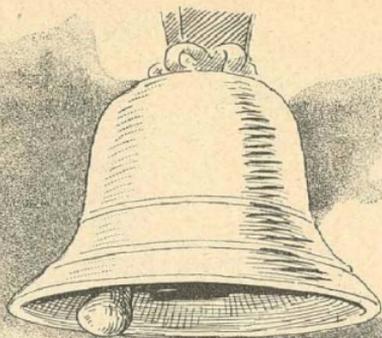


Porque Adita, Juan, Jorge y hasta Tito saben que el reloj dice:

El tiempo marcha, tic, tac,  
en la tierra, el aire, el mar;  
hay que ser buenos, tic, tac,  
en todo tiempo y lugar.



Y, escuchando su voz, han aprendido á ser obedientes y puntuales.

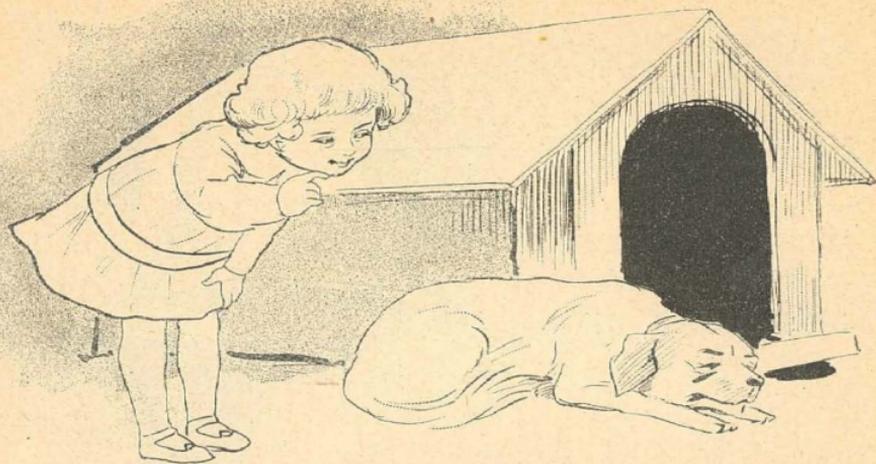


**LA SEÑORA  
DING, DONG, DING**

Campanita de la escuela,  
¡Qué simpático es tu son,  
Cuando llamas al estudio  
O al recreo, *ding, ding, dong!*

En el Arca de Noé  
Muy alegre es la reunión,  
Cuando al comedor nos llama  
La campana, *dong, ding, dong.*

Y más tarde el campanario  
Con su bella y grave voz,  
Dándonos las buenas noches  
*Ding, dong, ding,* habla de Dios.



### TITO Y PIPO

¡Buenos días, Pipo! ¿Por qué me miras tan enojado? ¿Estabas durmiendo todavía? Los canarios ya se bañaron y se alisaron las plumas con el pico. Y el gato se lavó la cara con su lengüita rosada. Yo los vi. Adita, Juan y Jorge también se lavaron.

A mí me bañó mamá. El agua estaba fría, pero no lloré.

¡No seas haragán! Te he traído una palanganita celeste. ¿No quieres que te lave la cara? ¡Arriba, Pipo! si no te apresuras, no tendremos tiempo para jugar.



## UN BUEN AMIGO

### ADITA Y EL ESPEJO

Este es el espejo grande. Me gusta porque me dice algo de mí misma, y me dice siempre la verdad. Si tengo algún tizne en la cara, me lo muestra, y así puedo quitármelo.

Pero hay una cosa que él no sabe decirme; si he sido buena ó mala. Eso me lo dicen mi papá y mi mamá.

Ellos también me dicen la verdad como el espejo.

¡Qué buenos son!

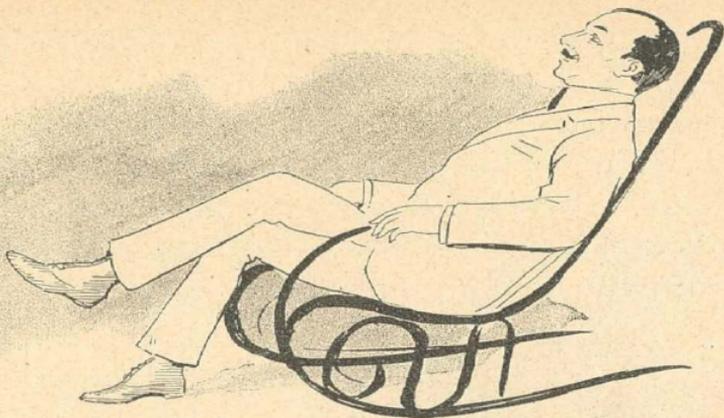


### CUADRO DE FAMILIA

QUERIDO MANOLO: ¿Cuándo vuelves del campo? Pronto se abrirá la escuela, y quisiera que estuvieras aquí para que entráramos juntos. ¿Quieres saber lo que hacemos en este momento? Te escribo en el comedor. Mamá le canta á Tito para que se duerma. Adita se ríe de los dibujos de Jorge. Papá está callado y nos mira... ¿Qué estará pensando? Debe ser algo agradable, pues le he visto sonreírse. ¡Pobre papá! Vuelve todas las noches cansado de trabajar para mantenernos. Me siento muy feliz cuando lo veo contento.

Y ahora me voy á dormir yo también, porque el reloj ha dado las ocho. ¡Buenas noches! ¡Ven pronto! Te abraza tu primo.

JUAN.



### LO QUE PENSABA EL PAPA

¿Quieren saber ustedes lo que pensaba don Augusto, mientras su hijito escribía?

Tenía razón Juancito: pensaba cosas agradables.

¡Qué aplicado y juicioso es mi hijo Juan! se decía. Será un hombre de provecho. En cuanto á Jorge, á pesar de su genio vivo, tiene un corazón leal, y se corregirá. Es travieso, está siempre inventando algo con qué divertirse y divertir á los demás. Esa afición, bien encaminada, quizá le lleve más tarde á inventos útiles. Adita es cariñosa y complaciente con todos. ¡Es la alegría de

la casa! Sus hermanitos la obedecen siempre. ¿Y hay nada más encantador que Tito dormido en brazos de su madre?

¡Cuán dulce es el hogar! El trabajo resulta á veces duro, pero me basta contemplar este amable cuadro de familia para sentirme recompensado y feliz.



### LO QUE CANTABA LA MAMÁ

¿Por qué no duermes,  
niño querido?  
Ya el avecilla  
duerme en su nido.

Duermen las flores,  
duerme el gatito,  
y Pipo sobre  
su colchoncito.

Y todos ellos  
sueñan contigo,  
pues saben que eres  
su buen amigo.

Dice cantando  
ya la campana:  
«¡duérmete niño!  
¡hasta mañana!»

El angelito  
sus alas tiende,  
y la linterna  
del sueño enciende.

Y las estrellas  
dicen: «es hora,  
¡descansa, tierra  
trabajadora!»

Duerme tranquilo,  
duerme, pequeño,  
que mi cariño  
vela tu sueño.





### OTRA FAMILIA FELIZ

La madre llama á sus polluelos y les reparte la comida que Tito les lleva. De noche les hace dormir bajo sus alas. Es una madre cariñosa.

Si Tito atacara á uno de los polluelos, la gallina, tan miedosa y débil de costumbre, le embestiría valientemente á picotazos, y le pegaría con las alas. Pero Tito quiere mucho á los pollitos, y no les hará daño.

¡Qué vivos y graciosos son! Uno se ha subido ahora encima de la gallina. Estará cansado sin duda, y ha encontrado un blando cohecito.



### EL REY DEL GALLINERO

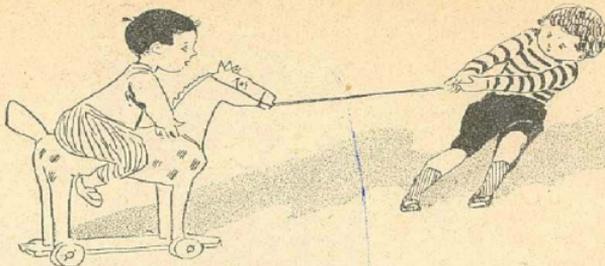
—¡Qué lindo gallo! ¡Qué majestuoso es su porte! Tiene agudos espolones en las patas. Ningún pollo ni gallina se atreve á disputarle su puesto ni su comida.

—Pero suele ser generoso. Yo lo he visto defender á las gallinas, y, delante de buenos bocados, llamarlas para que coman.

—¿Y sabes de qué puede servir el gallo? De reloj; es como un campanario con plumas.

—¿Cómo puede ser?

—¿No le ves levantar el cuello como una airosa torrecita? Y así da las horas con su canto sonoro, especialmente á medio día y á media noche.



### ¿SALGAMOS Á PASEAR?

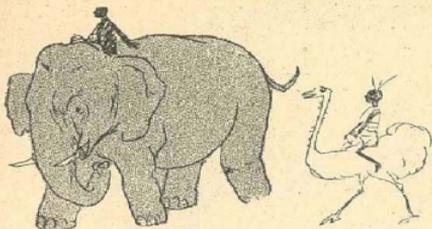
El bebé sale á pasear en  
su caballo de palo.

Tito, en su cordero.

Adita prefiere el burrito.

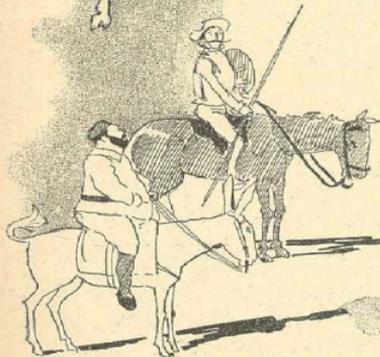
Jorge tiene un petizo, y  
Juan un caballo blanco.





Y muy lejos de aquí,  
Madú monta un elefan-  
te, su hermano Nico un  
avestruz, y Melchor via-  
ja en un camello.

Estos son don Qui-  
jote y Sancho Panza.  
Este es Tonny.



## LA MÁS TRABAJADORA

—Le regalo un botecito de vela al que sepa decir cuál es la trabajadora más incansable del Arca de Noé...

—¿Es mamita? ¿Es abuelita?

—No; es más chica...

—Entonces es Adita...

—Adita es trabajadora, pero hay quien lo es más, y más chiquita que ella.

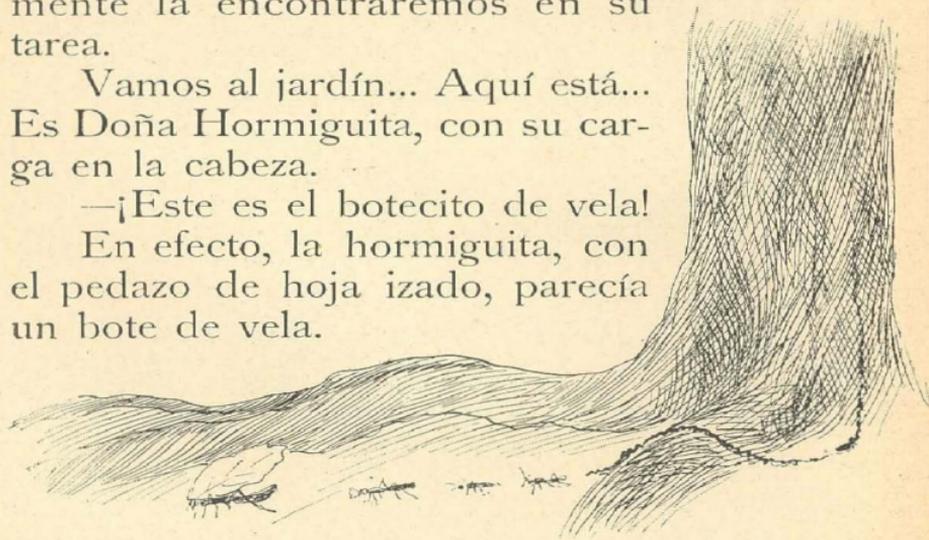
—Pero ¿quién es, papá?

—¿Quieren hacerle una visita? Seguramente la encontraremos en su tarea.

Vamos al jardín... Aquí está... Es Doña Hormiguita, con su carga en la cabeza.

—¡Este es el botecito de vela!

En efecto, la hormiguita, con el pedazo de hoja izado, parecía un bote de vela.





### ¿POR QUÉ LLORA TITO?

Jorge pega á Tito. Tito llora, y el carnero bala. Pasa una viejecita y pregunta á Jorge:

—¿Quién es este niño?

—Es mi hermano.

—No puede ser, dice la anciana; si fuera tu hermanito no le pegarías.

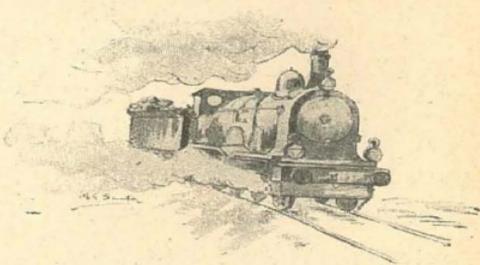
—Pero Tito le pegó al carnero...

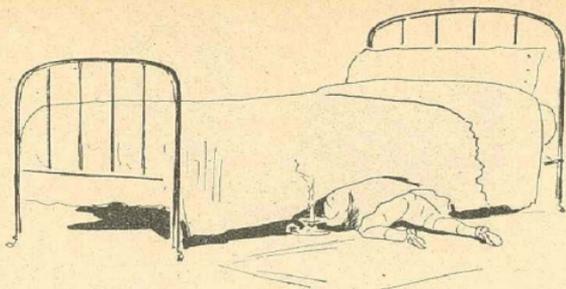
—Es que él no sabe que al carnero le duele. ¿Verdad, Tito? Tú, que eres mayor, debes enseñarle que los animales también sufren, pero sin hacerle llorar. Es muy bueno considerar como hermanitos á los animales indefensos, pero, ante todo, debemos querer y cuidar á nuestros verdaderos hermanitos, y enseñarles el bien sin hacerles daño



### ¿QUIÉN SOY?

Soy brillante, soy negro, soy duro,  
Me sacó de la tierra el minero.  
¿Quién soy yo que por ti me consumo,  
Doy calor, y me muero en el fuego?





### ¡CUIDADO CON EL FUEGO!

Tito ha perdido su pelota, y como el cuarto está oscuro, para buscarla, enciende la vela y se mete con ella debajo de la cama.

La colcha arde. Tito, que está de espaldas, no ve el fuego. Su mamá siente olor á quemado y acude al cuarto. Tito, al ver entonces las llamas, grita lleno de terror.

Si su mamá no llega á tiempo para sacarle del peligro, ¿qué hubiera sucedido? ¡Pobre Tito! Todas las personas de la casa corren al oír sus gritos. Con gran trabajo apagan el incendio. ¡Qué terrible es el fuego!

Un solo fosforito tirado al descuido puede destruir un bosque ó una aldea.



## LA ROJA

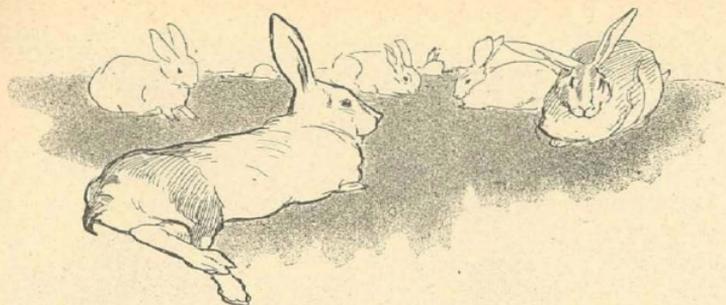
Hortensia vive en un pueblito de campo. Ella es la encargada de cuidar la vaca de la casa, que es muy dócil, y se llama la Roja. Gracias á la Roja, la familia, aun siendo pobre, tiene siempre leche y manteca en abundancia.

Todos los días Hortensia la conduce al campo, y allí la deja pastar á su gusto.

Al atardecer, la vaca, que sabe muy bien el camino, vuelve sola, con paso lento...

Antes de llegar á la casa, se detiene, muge, y escucha. Oye al ternero, que desde el establo en que está atado, le contesta alegremente, y acelera el paso, mugiendo siempre, como si dijera: «ya voy, ya voy».

El ternero la recibe con gran alborozo.



### REPOLLITA

Elisa cuida sus conejitos. Les lleva agua fresca, un puñado de alfalfa y un repollo todas las mañanas.

Tímidos y asustadizos siempre, al menor ruido se esconden en sus cuevas, pero, cuando llega Elisa, reconocen sus pasos y corren presurosos á recibirla. Elisa saluda á cada uno por su nombre. Blanquito y Rubio son los preferidos; para ellos son las caricias y las hojitas más tiernas.

Muchas veces Elisa tiene que caminar varias cuadras para conseguir un repollo, que es el alimento más sabroso para los conejos. Pero lo hace gustosa, pues es capaz de cualquier sacrificio por sus queridos animalitos. Y por eso sus amigas le llaman Repollita.



LA PASTORCITA Y SUS OVEJAS

## CANCIÓN DE LA PASTORCITA

Ven, corderita,  
¿Por qué te alejas?  
Soy la pastora  
De mis ovejas.

Quitarte quiero  
Briznas y abrojos,  
¿Por qué me miras  
Con tristes ojos?

Traigo agua fresca,  
Ven á beber;  
Muy pronto amigas  
Vamos á ser.

Ya me conoce  
La más chiquita;  
Blanca, mimosa,  
Es la «Bonita».

Le pongo flores  
Con un moñito;  
Le doy azúcar  
Y un bizcochito.

Ya es tarde, vamos  
Á descansar.  
Que á guiaros, Listo  
Me va á ayudár.

Dormida sobre  
Mi delantal  
Llevo á Bonita  
Hacia el corral.

Y una tras otra,  
¡Ay qué buenitas!  
Van mis ovejas  
Con sus colitas.



## LA FIESTA DE LOS SAPOS

—Las plantas deben estar contentas oyendo cantar á los sapos.

—¿Les gusta ese canto á las plantas, abuelita?

—Escucha lo que los sapos dicen: «va á llover... lloverá».

—¿Y las plantas quieren que llueva?

—Sí, porque tienen sed.

—¿Y los sapos tienen también sed?

—Los sapos se alegran de que llueva, porque así podrán chapotear en los charcos que se forman.

—¿Cuéntanos un cuento de sapos y de ranas, abuelita?

—Había una vez unas ranas que vivían en una laguna. Un día de lluvia dieron un baile é invitaron á los sapos. Los sapos acudieron á la fiesta con sus chalecos blancos y sus levitas verde oscuro. Las ranas los recibían con sus vestidos verde claro, brillantes, recién lavados. Desde la orilla, los árboles presenciaban la fiesta, dando som-

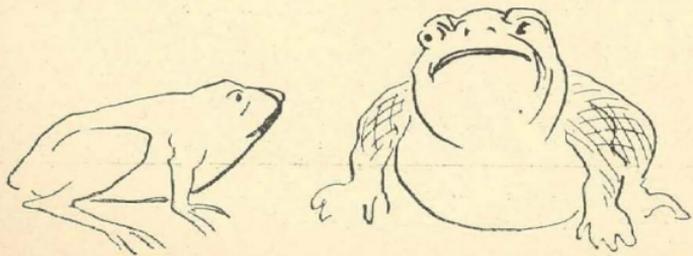
bra al salón de baile, que era la laguna. Las plantitas chicas servían de mesa, y las moscas y otros insectos, estaban preparados en las hojas, como bombones en platos verdaderos.

—Y los sapos ¿no se comían también á las plantas?

—¡Oh, no! Y las plantas los quieren mucho, porque los sapos les hacen un gran bien devorando los bichitos que las dañan.

... Saltaban en rueda y cantaban los sapos y las ranas, cuando en eso, sin pedirles permiso, entró una vaca á beber á la laguna. La vaca...

—¡Llueve, llueve! ¡Es la fiesta de los sapos, de las ranas y de las plantas! Vamos á dibujar un sapo y una rana, ya que no podemos salir.



## LA PALOMITA



En el Arca de Noé hay también un piano. Una tarde, la mamá tocaba una polca inventada por ella, y los niños bailaban.

— ¡Un pájaro! exclamó Tito; ¡un pajarito se ha entrado por la ventana!

Y todos interrumpieron el baile para mirar á una palomita de color plumizo, con pico amarillo, que, muy suavemente, se posaba sobre el piano.

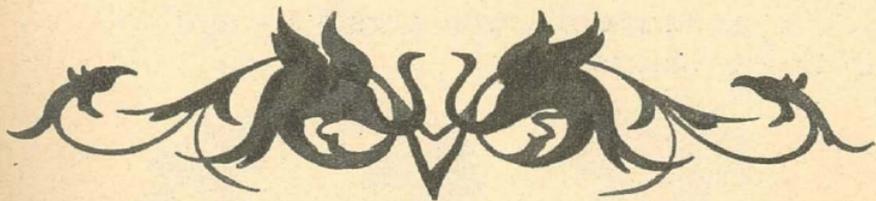
La mamá, comprendiendo que había sido atraída por la música, continuó tocando. La palomita llevaba el compás con la cabeza y daba saltitos como si bailara una polca. Así bailó, hasta que, terminada la música, se escapó volando por la ventana por donde había entrado.

Los niños aplaudieron entusiasmados.

Desde entonces la mamá toca todas las tardes «la polca de la palomita». Y al verla entrar por la ventana, los niños le cantan la bienvenida:

*En el Arca de Noé  
Todos caben, todos caben.  
En el Arca de Noé  
Todos caben, yo también.*

La paloma ya no se escapa en cuanto concluye su baile. Antes de irse, picotea las migajas que los niños le han preparado. Y si no las encuentra, las reclama con la mirada, y espera hasta que se las traen.



## JUEGO DE COLORES

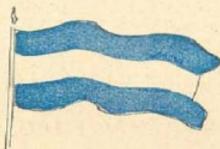
He visto tres cosas blancas:

Una estatua de mármol, un cisne y un lirio.



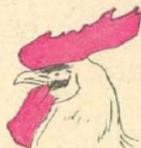
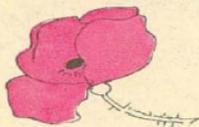
He visto tres cosas azules:

Un «no me olvides», mi bandera y los ojos de Tito.



He visto tres cosas rojas:

Una amapola, una cresta de gallo y una gota de sangre.



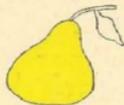
He visto tres cosas verdes:  
Una hoja, un loró y una esmeralda.



He visto tres cosas violetas:  
Una amatista, una violeta y la corbata  
de Juan.



He visto tres cosas amarillas:  
Un canario, una pera y un topacio.



He visto tres cosas negras:  
Un cuervo, un pedazo de carbón y los  
ojos de Jorge.



## VUELA, VUELA

Jorge ha oído decir que los paraguas sirven de paracaídas. Abre el paraguas de su papá, y de pie sobre un sillón, lo levanta con una mano, lo más alto que puede. Salta al suelo, y le parece que se ha sostenido un instante en el aire.



Salta entonces desde el escritorio, que es algo más alto que el sillón, y, en-

tusiasmado, dice al caer de pie:

— ¡Qué lindo! ¡Esta vez creo que he volado! Pronto podré saltar de la azotea.

Antes quiere, sin embargo, hacer la prueba de dejarse caer desde la cómoda de su mamá, que tiene cinco



cajones y es más alta que el escritorio, pero no tanto como la azotea.

—¡Qué alto! desde aquí si que volaré, dice. Atención, chicos: á la una... á las dos... y á las...

A las tres, las narices de Jorge pegan contra el suelo y el paraguas de su papá se hace pedazos.

¡Pobre Jorge! Le retarán sin duda.

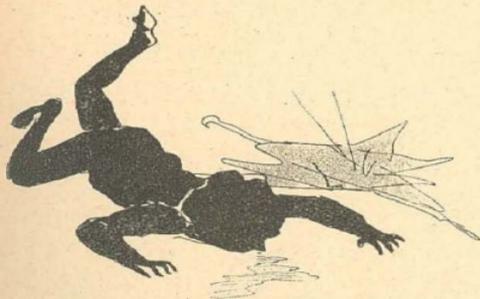
Sus hermanos se ríen de él y, cuando juegan al «vuela, vuela», dicen:

—Vuela, vuela... ¡Jorge vuela!

Pero él les contesta muy ufano:

—Jorge volará.

Ya lo verán ustedes; cuando sea grande, construiré un aeroplano, y me iré volando hasta París.





## EL SANTO DE MAMÁ

Hoy tu día, mamacita,  
Festejar todos queremos,  
Felices porque una madre  
Cariñosá nos dió el cielo.

Ella nos viste, nos cuida,  
Nos prepara el alimento;  
Nada tememos, pues ella  
Vela también nuestro sueño.

Nos enseña, nos dirige,  
Sufre si estamos enfermos,  
Adivina nuestras penas,  
¿Cómo pagar sus desvelos?

Ya sabemos tus hijitos  
Cuál es tu mayor deseo,  
Madre mía, y porque seas  
Tú feliz, seremos buenos.

Ya mis hermanos por turno  
Sus trabajos te ofrecieron;  
Juancito escribió una plana,  
Adita bordó un pañuelo,

Y un ramo te ofreció Jorge  
De sus jazmines más bellos.  
Yo nada tengo que darte,  
Pues soy aún muy pequeño.

Mis brazos no han aprendido  
Ningún trabajo, mas llenos  
De contento y de ternura  
Saben rodear tu cuello...

Yo no tengo, madrecita,  
Otras flores que mis besos,  
Mas nada como ellos puede  
Decirte cuánto te quiero.



## CAZA DE MARIPOSAS

— ¡Cuántos insectos hay esta noche alrededor de la lámpara! ¡Se conoce que hace calor! Chicos, ¿quieren ayudarme á recoger las mariposas *nocturnas* que me faltan en la colección? preguntó don Augusto.

Los niños llevaron una canastita y la tapizaron por dentro con hojas verdes.

En el centro pusieron una velita encendida. Para que las mariposas no se quemaran las alas en ella, y para que el viento no la apagara, la cubrieron con un vaso. Pero como la falta de aire también hubiera apagado la luz, dejaron por debajo del vaso una abertura.

Luego, colocaron la canastita entre los árboles del jardín.

— La dejaremos aquí toda la noche y mañana tempranito sorprenderemos á las mariposas en su reposo, dijo don Augusto.

En efecto, á la madrugada siguiente, en el interior de la canastita, sobre las hojas verdes, parecían dormir, como en una ver-

dadera cuna, multitud de mariposas de todos tamaños y de todos colores. Y las había hasta en los troncos de los árboles cercanos.

Los niños pudieron contemplarlas á su gusto. Al mismo tiempo dejaban oír sus exclamaciones:

—¡Mira ésta! Se parece á una lechuza, con ese pico negro y curvo, y los ojos saltones, que son como dos bolitas, negras también...

—¿Y esta otra con alas amarillas y verdes! ¡Tiene el cuerpo casi tan grande como un pajarito!

—De noche verías que sus ojos brillan como verdaderos rubíes.

—¿Las miraremos con tu lente, papá?

—Sí, pero antes recojámoslas con cuidado.





## LA ABEJA Y EL PENACHO COLORADO



—Abejita ¿por qué acudes á esas flores de tan poco valor? preguntó el penacho colorado enderezándose orgulloso sobre su tallo. Tan pobres son que se avergüenzan ante la luz del medio día, y permanecen cerradas durante las horas más brillantes... Hay flores mucho más bellas en el jardín, añadió mirando de frente al sol...

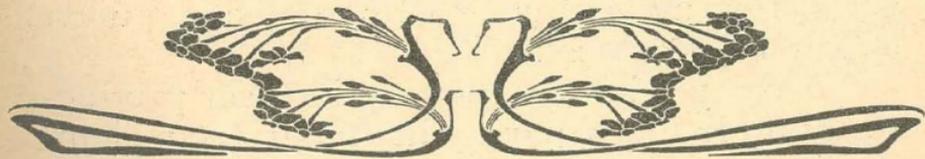
«Penacho colorado» se sentía envidioso y ofendido de



que le fueran preferidas unas florecitas tan insignificantes como las «buenas tardes». ¿No era él una majestuosa «cresta de gallo»?

—He visitado muchas flores, contestó la abejita, pero en ninguna he encontrado jugo tan dulce y abundante como en esta florecita humilde que baja la cabeza cuando el sol la mira. Como es tan modesta, unas pocas gotas de rocío le bastan para vivir. Así, durante las sequías del verano, ella continúa brindándonos su frescura, mientras las rosas, y casi todas las flores se marchitan. Por eso es que á ella acudimos las abejas, las mariposas y los moscardones, y ella tiene alimento para todos. Hasta los niños se sienten atraídos por su suave perfume.

No basta, pues, erguir la frente para probar su mérito.



## AZABACHE



Mi petizo se llama Azabache. Me conoce, y come azúcar en mi mano.

Monto en él y salimos á pasear todas las tardes. Lo que más nos gusta es galopar por los buenos caminos. ¿Verdad, Azabache?

Donde hay barro, vamos al paso, porque, si Azabache resbalara, nos daríamos un malísimo golpe, *una costalada*, como dicen los paisanos.

También los barrancos los bajamos al paso, inclinándome yo hacia atrás para guardar el equilibrio. En cambio, al subir una cuesta me inclino hacia adelante, y dejo flojas las riendas para que Azabache pueda agachar la cabeza.

No soy miedoso, pero quiero ser prudente. Si no lo fuera, papá y mamá estarían siempre inquietos, y no me dejarían salir solo.

En cuanto llego á casa, si Azabache ha sudado mucho y hace frío, le pongo una manta encima. No le doy agua cuando está cansado.

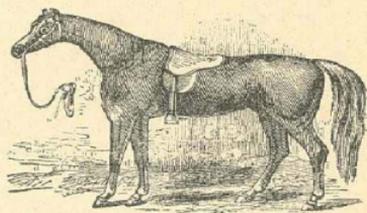
Azabache come el pasto del potrero, y á veces le doy también alfalfa, maíz y afrecho.

Lo lavo echándole baldes de agua, y, cuando puedo, lo llevo al río para hacerle tomar un baño. Después lo peino con una rasqueta, y le arreglo las crines.

Azabache es muy bueno, pero no hay que abusar de su paciencia. Ayer lo montó Roque. Lo hacía correr y parar de pronto; le pegaba sin motivo; le hacía cosquillas en las orejas. Impacientado al fin, Azabache le arrojó al suelo.

Bien merecido lo tuvo.

¡Pobres caballos y petizos! Me da pena verlos maltratados.





### EN LA MESA

—¡Suena la campana! No hagamos esperar. Ven, Tito, que te lave las manos.

—Las tengo limpias, Adita; me las lavé esta tarde.

—No importa; es necesario lavárselas inmediatamente antes de comer... Ya está... Siéntate...

—Yo quiero un durazno.

—Los niños bien educados saben que se les servirá todo lo que puedan comer, á su debido tiempo.

—Figúrate, papá...

—Primero, Jorge, deja ese cuchillo. Los cubiertos son para comer y no para jugar con ellos.

—¡Ah, mamá! olvidaba decirte que se me han roto los botines ¿quieres verlos? ¿los mandarás á componer?

—Luego, luego hablaremos de eso, mi hijito. Esas observaciones y pedidos no deben hacerse en la mesa, que es el momento en que se encuentra reunida la familia, y debe ser amena la conversación. Cuéntanos más bien si se han divertido en el paseo con abuelito...

—¡Oh, mucho! Vimos los soldados... El oficial decía: «¡Paso redoblado!...»

—¿Vas á levantarte de la mesa para mostrarnos cómo hicieron los soldados? ¡Qué inquieto eres, Jorge! ¡Siquiera mientras comemos, conversa tranquilamente!... Luego harás, con tus hermanos, los ejercicios militares... Tito, no comas tan de prisa, que puede hacerte daño... ¿quieres agua? Límpiame antes la boca con la servilleta, y no hagas ruido al beber...

Ahora puedes comer el durazno. Es muy saludable la fruta después de la comida...



## HACIA LA ESCUELA

¿Qué aprenderemos  
hoy en la escuela?  
Tal vez la historia  
de alguna estrella,

La de una piedra,  
flor ó semilla...  
¡Todo lo sabe  
la señorita!

Un bello libro  
también leemos,  
versos, y cuentos  
de niños buenos.

Y dibujamos,  
sacamos cuentas,  
sabemos marchas,  
formamos ruedas.

Hoy es un canto,  
mañana un juego;  
todos los días  
hay algo nuevo.

Allí aprendemos  
de muchas flores  
y pajaritos  
los lindos nombres.

Luego contentos,  
al encontrarlos,  
como á amiguitos  
los saludamos.

¿Dónde aprendemos  
sino en la escuela,  
todo lo hermoso  
que el mundo encierra?



DOMINGO F. SARMIENTO

1811 - 1888

Sarmientó, gobernante, escritor y educacionista, se ocupó especialmente de los niños fundando escuelas.

## LOS COLORES

Juan no puede ir á la escuela, porque llueve á cántaros. Y lo siente mucho, recordando que la señorita Felisa ha prometido á los niños contarles, ese día, un cuento muy interesante.

A cada momento se asoma á la ventana, para ver si el tiempo se compone. La lluvia continúa, y Juan está triste. Dos lágrimas amenazan caer de sus ojos.

—Juan, le dice su mamá, ya que el *arco iris* no aparece en el cielo, anunciando que la lluvia ha terminado, ¿quieres que lo hagamos aparecer en casa para alegrarte?

Y, diciendo esto, la mamá busca tres pedazos de papel de seda: uno *azul*, otro *amarillo* y otro *rojo*. De cada uno de esos papeles recorta una tira circular. Y luego, ayudada por su hijito, pega esas tiras en un vidrio, cuidando que queden, en parte, una sobre otra.

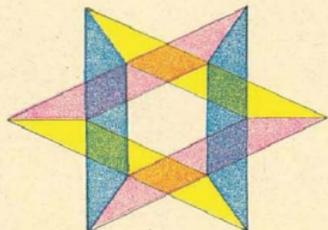
¡Qué sorpresa y qué alegría la de Juan, cuando, poniendo el vidrio á través de la

luz, ve aparecer otros tres colores distintos: el color *verde*, el *anaranjado* y el *violeta*!

Con el rojo y el azul se había formado el violeta; con el rojo y el amarillo, el anaranjado; y con el amarillo y el azul, el verde.

¡Estaban en el vidrio todos los colores del *arco iris*!

El *arco iris* había aparecido sobre el vidrio, haciendo desaparecer las lágrimas de los ojos de Juan.





## EN LA PAMPA

Mientras Juan se consuela de no poder ir á la escuela, formando en el vidrio un *arco iris* ¿quieren saber ustedes cómo, á muchas leguas de la ciudad, se entretiene el gaucho Ciriaco?

Él tampoco puede, á causa de la lluvia, trabajar en el campo, como lo hace diariamente.

En su rancho, rodeado de su familia y algunos vecinos, mientras su hija Rosario ceba el mate, *ño* Ciriaco, acompañándose con la guitarra, canta estos versos, que los demás escuchan:

Me han dicho que el arco iris  
Es el cielo de las flores,  
Cielo de las mariposas,  
Y cielo de los colores

Que allí están las margaritas  
Y nardos que ya murieron,  
Y todas las mariposas  
Que volando se perdieron.

Que allá suben los colores  
Que en la tierra se han borrado,  
Para anunciar, en las lluvias,  
Que el tiempo bueno ha llegado.

¿Les gusta lo que canta el *payador*  
Ciriaco?





OTOÑO



## LA HOJA INQUIETA

(Traducido del inglés)

Cierta vez una hojita lloraba y suspiraba, como lo hacen las hojas cuando el viento ronda entre ellas. Y el tallo le preguntó: ¿Qué tienes, hojita?

La hoja le dijo: «El viento acaba de decirme que algún día me arrancará y me arrojará al suelo.»

El tallo lo repitió á la rama en que vivía, y la rama se lo contó al árbol. Cuando el árbol lo supo, crujió entero y mandó decir á la hoja: «No te asustes, sosténte fuertemente y no te irás hasta que lo desees.»

Con esto, la hoja dejó de suspirar, y siguió cantando y hamacándose.

Cada vez que el árbol se sacudía, las ramas y el pequeño tallo se sacudían también, y la hojita bailaba alegremente para arriba y para abajo, como si nada pudiera arrancarla nunca. Y así siguió durante todo el verano.

Cuando llegaron los brillantes días del otoño, la hojita vió que todas las hojas á su alrededor se ponían muy hermosas. Algunas estaban amarillas, otras coloradas y otras rayadas con los dos colores. Preguntó al árbol, qué significaba eso. Y el árbol dijo: «Todas esas hojas se están preparando para volar, y, de alegría, se han vestido con aquellos preciosos colores.»



Entonces la hojita comenzó á sentir deseos de irse, y pensando en ello, se puso más bonita... Cuando estuvo ya de un color muy alegre, vió que las ramas del árbol no cambiaban sus vestidos, y preguntó: «¡Oh! ramas, ¿por qué estáis aún de color de plomo, cuando nosotras estamos doradas?»

—Nosotras, contestaron las ramas, conservamos los trajes de trabajo, pues nuestros deberes no han concluído aún. Vuestros vestidos son de fiesta, porque vuestras tareas están ya cumplidas.

En este mismo instante, llegó un soplo de viento, y la hojita se dejó llevar sin pensarlo. El viento la levantó y la enrolló en el aire. Por fin la dejó caer suavemente á los pies del cerco, entre cientos de otras hojas. Allí se durmió y empezó á soñar, y nunca despertó para decirnos lo que soñaba.



## ¿QUÉ SERÁ?

—¿Qué será una cosa blanca que tengo en la mano?

—¿Es tiza?

—No; es un producto animal.

—¿Es un huevo?

—No; no es comestible.

—¿Es un hueso?

—No; es flexible.

—¿Es una pluma?

—No; es textil.

—¿Qué quiere decir *textil*?

—Qué puede tejerse.

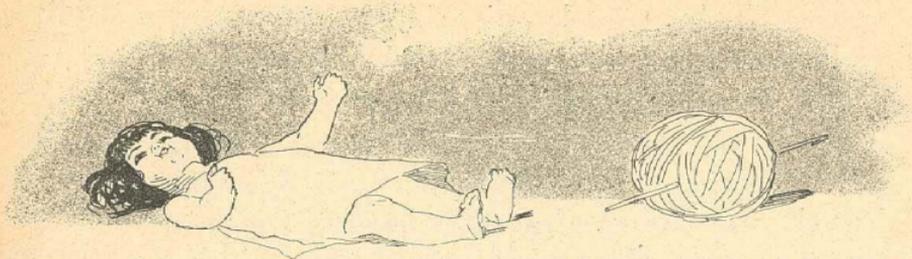
—¿Es crin de caballo blanco? Yo he visto una tela de crin.

—No, es más suave y más flexible que la crin, y guarda mejor el calor.

—¡Es lana!

—Sí, es lana.





### LA ARAÑITA COMPASIVA

En el suelo, en un rincón del cuarto, se encontraron la muñeca, el ovillo de lana y la aguja de tejer de Adita.

Se lamentaban los tres del abandono en que su dueña los dejaba.

— Agujita, dijo la muñeca, ¿no podrías hacerme un vestido? Empieza el frío, y no tengo con qué cubrirme.

— Calla, calla, no me entristezcas, contestó la aguja; recuerdo los días tan felices en que bailaba en manos de Adita. Sola, nada puedo; olvidaré mi oficio; ¡pobre de mí!, me estoy cubriendo de polvo.

— Y tú, ovillito de lana, dijo entonces la muñeca, ¿no podrías hacerme un vestido? Empieza el frío y no tengo con qué cubrirme.

—Nada puedo sin la aguja, contestó el ovillo con un suspiro; y la aguja, ya lo has oído, tampoco puede moverse por sí sola. También recuerdo yo los días en que con ella corría y me desenvolvía gustoso entre los dedos de Adita. Mi deseo era convertirme en una bata bonita y útil; y ahora sólo sirvo para juguete del gato.

En eso la muñeca vió á una araña que escuchaba la conversaci6n.

—¡Oh! arañita, le dijo, sé que eres una gran tejedora, ¿no querrias hacerme un vestido? Empieza el frío y no tengo con qué cubrirme.

—Con mucho placer, hermanita, dijo la araña; y empezó á tejer y á tejer de un brazo á otro y desde los pies hasta el pescuezo de la muñeca. Tejió, por último, sobre la cara y la cabeza, de modo que, además de vestido, Muñequita parecía llevar también velo y sombrero.

—Gracias, arañita, dijo la muñeca; me has hecho un vestido muy original.

Cuando Adita se acordó de su muñeca,

de su ovillo de lana y de su aguja de tejer, y fué á buscarlos, dió un grito sorprendida.

— ¡Ven, mamá, á ver mi muñeca toda cubierta de telas de araña!

— ¿Ves? le dijo su mamá. La arañita ha sido más diligente que tú, y, viendo á tu muñeca sin tener con qué cubrirse cuando empieza ya el frío, se ha compadecido de ella y le ha tejido un vestido.

— Muñequita, dijo entonces Adita, perdóname mi abandono; yo te haré un vestido más abrigado.



El ovillo y la aguja reían de la sorpresa de Adita, y del gusto de haber sido recordados por fin. La arañita, mirando desde un rincón, también se reía.



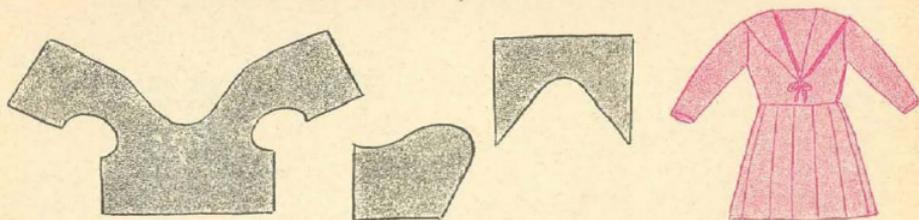
## VISTIENDO A LA MUÑECA

— Mamá, ¿quieres cortarme un patrón para hacerle un vestido á mi muñeca?

— ¿Y con qué piensas hacerlo, Adita?

— Con mi delantal rosado, pues está tan roto que no puede componerse ya.

La mamá cortó los patrones. Adita los colocó sobre la tela, evitando las roturas, y cortó el vestido.

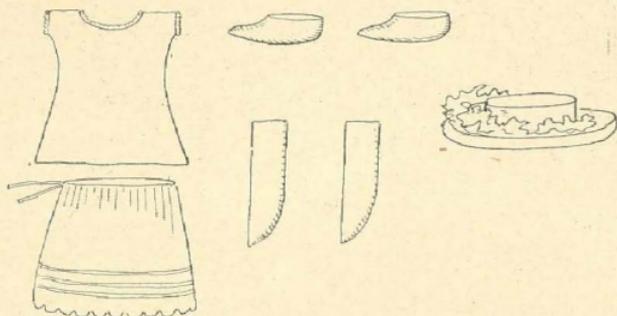


Cuando lo hubo cosido y terminado, con los retazos que le sobraban á su mamá de las camisas que cosía para Tito, Adita confeccionó una camisa y una enagua, que adornó con una puntilla.

— ¡Ya está vestida mi muñeca! exclamó con alegría.

—Le faltan algunas cosas; dijo Juan; ¿quieres que te haga los zapatos? Los haré con un guante de cabritilla.

Tito se encargó de las medias; cortando la caña de una media vieja las hizo muy fácilmente.



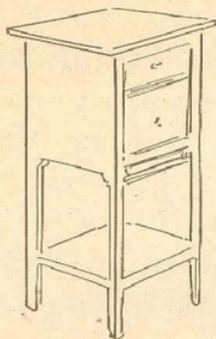
Jorge fabricó un sombrero de cartulina. Para cortarlo bien redondo, dibujó con su compás dos círculos en el papel; el más grande para el ala, y el más chico para la copa. Y Adita lo adornó con tul rosado.

—¡Ahora sí que está bien vestida la muñeca!

—Parece una niñita esperando que la lleven á pasear.



## LA MESITA



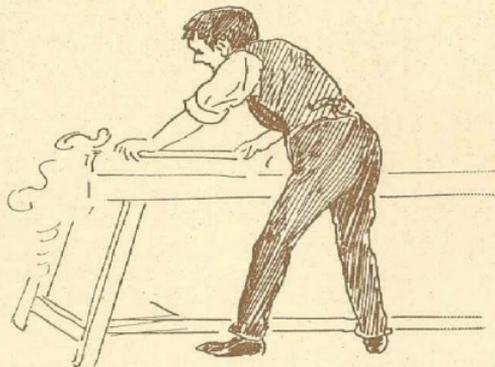
—¿Quién hizo esta mesa?

—El *carpintero*.

—¿Me llevarás á ver al carpintero?

—Vamos á la *carpintería*

En la carpintería, los oficiales y aprendices de carpintero trabajaban con martillos, serruchos, cepillos, barrenas, tenazas y otros instrumentos.



Juntaban las tablas con clavos ó las pegaban con cola. Y cuando los muebles estaban terminados, los lustraban.

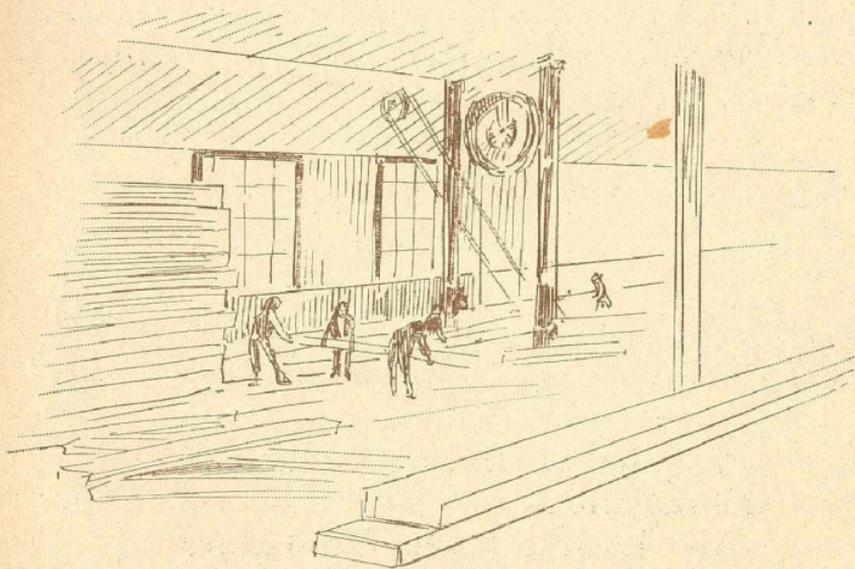
—¿Quién cortó las tablas con que trabajan los carpinteros?

—El *aserrador*.

—¿Me llevarás á ver al aserrador?

—Vamos al *aserradero*.

En el aserradero las sierras circulares daban vueltas movidas por máquinas. Los



obreros colocaban allí los troncos, de manera que las sierras los cortaban en rebanadas como de pan, con corteza y todo.

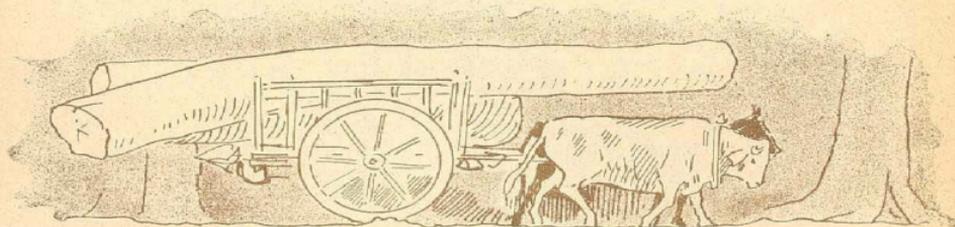
—¿Quién trajo estos troncos tan pesados?

—El *carrero* con su *carreta*.

—¿Me llevarás á ver las carretas y los carreros?

—Vamos á la *carretera*.

La *carretera* era el camino por donde pasaban las carretas tiradas por bueyes. Las carretas iban cargadas de inmensos troncos, y crujían.



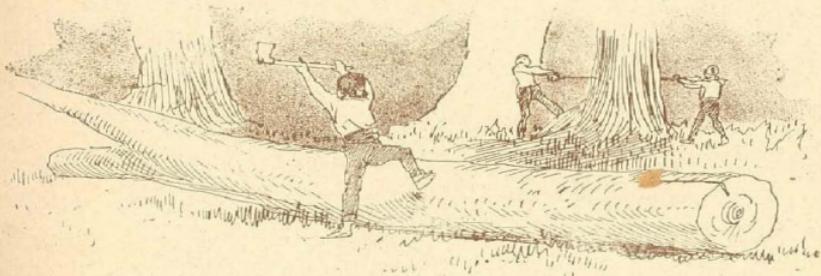
—¿Y quién cortó esos troncos?

—El *leñador*.

—¿Me llevarás á ver al leñador?

—Vamos al bosque.

En el bosque los leñadores derribaban los árboles, cortándolos por su base con grandes hachas. Los árboles hacían gran ruido al caer... Los troncos gruesos eran llevados al aserradero. Las mujeres y los chicos juntaban las ramas más finitas para leña.



—¿Y quién plantó los árboles del bosque?

—El viento sembró sus semillas, y los árboles se propagaron.

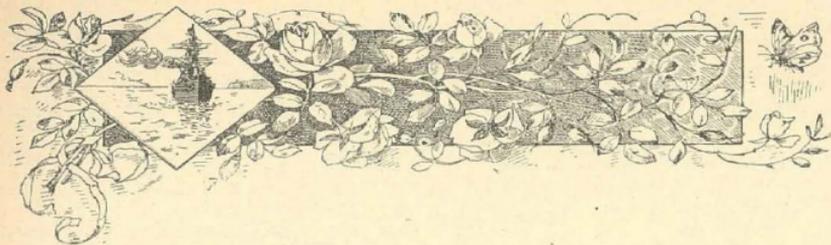
—¿Me dejarás ver los árboles de cerca?

—Jugaremos á la sombra de los árboles, porque es muy agradable.

Los árboles purifican y embalsaman el aire, cobijan á los pájaros cantores, y sus ramas bajas ofrecen á los niños hamacas naturales que el viento balancea.

¡Qué hermoso y qué útil es el bosque!





## EL INVENCIBLE

Los botes son de madera: La mesa chica también es de madera. Jorge piensa que debe flotar en el agua como un bote. La pone en el suelo, patas arriba, y la examina. Al rededor de la tabla grande se levanta un bordesito; puede, pues, servir de bote. Las patas son los *mástiles*; ata á ellas dos servilletas y ya están las *velas*. En una de las patas sujeta además una bandera de papel azul y blanco. Y, como sabe que los barcos tienen nombre, toma una tiza y escribe en uno de los bordes: *El Invencible*.

Adita, Juan y Tito, al ver la obra, miran á Jorge con admiración. Éste, muy orgulloso, levanta la mesa-bote, y les dice:

—Vamos.

—¿A dónde?

—A la laguna, ordena con aire de capitán.



Llegan á la laguna, y, con gran cuidado, depositan su carga sobre el agua. Todos aplauden; ¡qué alegría! ¡El invencible navega como un verdadero bote!

Jorge tiene en sus manos el extremo de una soga atada á una pata del Invencible, para poder amarrarlo. Lo trae de nuevo á la orilla, y, como el más intrépido marinero, salta á bordo de su bote entregando la soga á Juan.

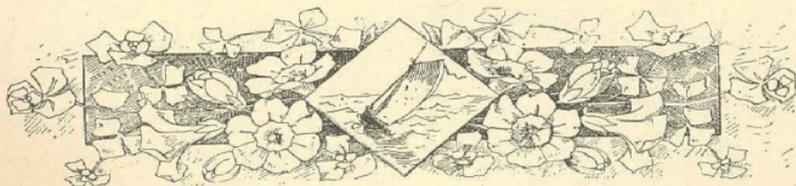
El Invencible sostiene un instante su pe-

so, pero, ¡adiós bote de vela! La mesa ha sentido de pronto deseos de plantarse sobre sus cuatro patas y de dejar á Jorge debajo, como cuando juegan á las escondidas.

Los niños asustados gritan. Jorge se agarra á la mesa, y Juancito, tirando de la soga, arrastra hasta la orilla al invencible vencido, y al marinero hecho pescado.

Pero Jorge no pierde ánimo nunca y, en cuanto puede hablar, mientras chorrea el agua de sus vestidos, dice:

—Esta vez me había olvidado de los *remos* y del *timón*. Cuando mi padrino me regale el juego de carpintería que me ha ofrecido, construiré yo mismo un bote verdadero con todo lo necesario.



## UNA PLANTA QUE PARECE DE CUENTO

Cuando Juan y Margarita se perdieron en el bosque, encontraron, como todos sabemos, una casita de azúcar y chocolate. Y estaban comiendo chocolate y azúcar, cuando la casita, que era de una bruja, desapareció.

Todos sabemos también que esto es un cuento, y que las brujas no existen. Pero cruzando la República Argentina, nos encontramos con una planta que parece sacada de la casita del cuento, pues es también de azúcar, aunque está cubierta de hojas verdes.

Alrededor de ella hay siempre abejas y otros insectos, á los cuales les gusta todo lo que es dulce. Y los niños pueden chupar sus tallos sin temor de encontrar ninguna bruja.

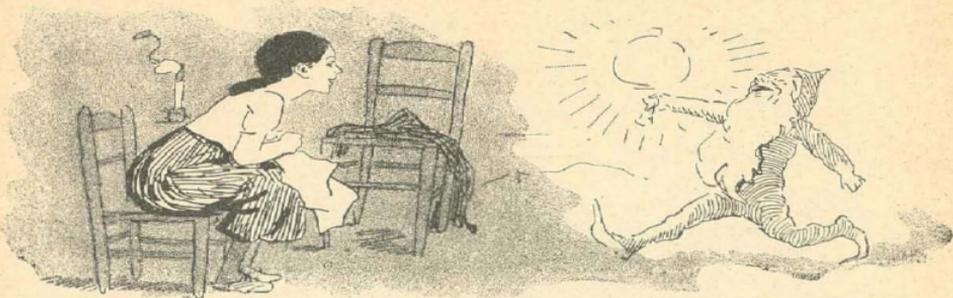
Esta planta es *la caña de azúcar*. Donde



principalmente se aprovecha la caña de azúcar es en los *ingenios*. Allí se cortan sus tallos por la base, se les quitan las hojas, y se *elabora* con ellos el azúcar.



INVIERNO



## CUENTO DE LA ABUELA

### LA LAMPARITA

¡Adita, Juan, Jorge y Tito, son las ocho, vengan á acostarse! ¿No tienen sueño? Les contaré un cuento:

Había una vez una chica muy pobre que se llamaba Teresa. Cosía una tarde de invierno á la luz de una vela de sebo, cuando, de pronto, vió salir de la tierra un enano. «Niña, le dijo el enano, toma esta lamparita. Yo mismo la llenaré de aceite todas las mañanas. Pero te advierto que sólo contendrá el necesario para las horas de obscuridad.» Y desapareció. La niña miró la lamparita que era de cristal azul.

«¡Qué bonita!» pensó. Pero mayor fué su alegría cuando, encendiéndola, vió esparcirse por el cuarto una luz suave y tibia. ¡Nunca había visto luz más brillante ni más hermosa! ¡Cómo se calentaban sus manecitas, cuando las acercaba á la pantalla de vidrio blanco y resplandeciente!

A la luz de la lamparita ¡con cuánto gusto estudiaba sus lecciones, y se acostaba luego bendiciendo á Dios!

Una mañana Teresa tuvo frío, y pensó: «¿Si encendiera mi lamparita? El enano es muy bueno; si el aceite se concluye me traerá más. Además parece que la lamparita está siempre llena; quizá el enano me ha engañado.» Y Teresa encendió su lamparita en pleno día.

Al llegar la tarde la luz disminuía, y á la noche ¡adiós luz! Se apagó la lámpara. El aceite se había concluído.

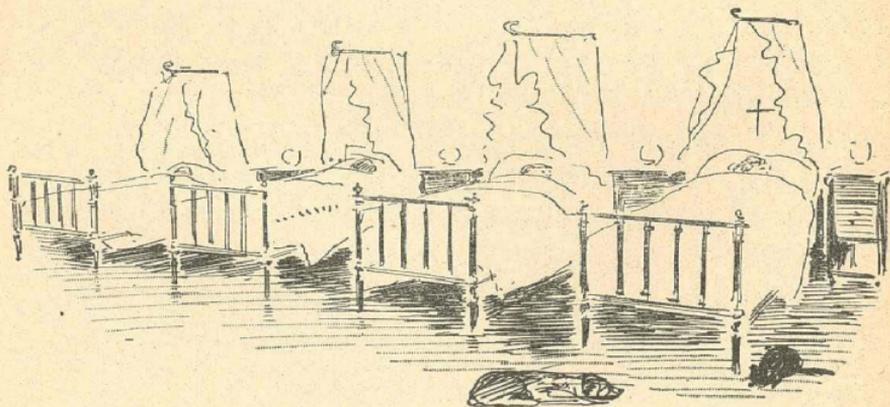
¡Y qué noche tan fría! Inútilmente imploró Teresa, y llamó al enano; el enano no apareció, y ella tuvo que pasarse la noche á oscuras, llorando en un rincón...

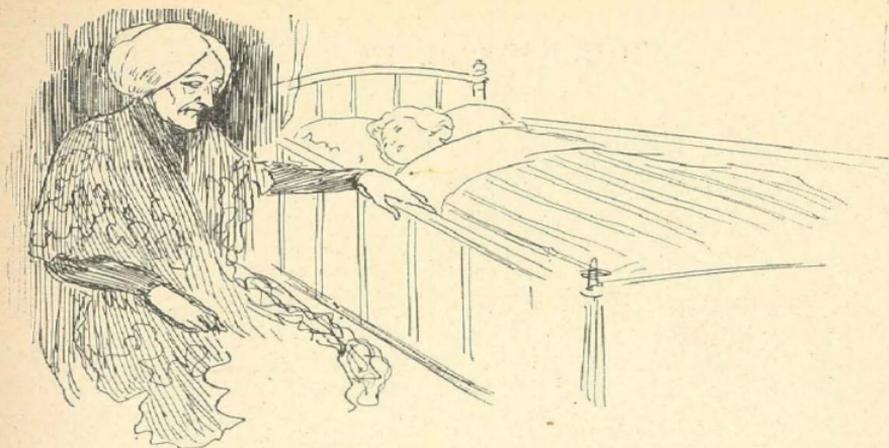
—Cada uno de vosotros, queridos nietecitos, es una lamparita; con la diferencia de que ella brilla de día y no de noche... Cuando cerráis los ojos para dormir, un ángel pasa y llena vuestros corazoncitos con el aceite necesario para el día siguiente.

Si en lugar de dormir, el niño pasa la noche jugando, hace lo mismo que Teresa; cree que las fuerzas no se acaban nunca.

Pero cuando llega el día, ese niño está cansado y descontento. No puede jugar, ni reír, ni estudiar.

¡Ha gastado el aceite de su lamparita!





### CANCION DE LA ABUELA

Niño, tú eres  
la lamparita  
que llena el ángel  
de mi canción.

Su vivo aceite,  
durante el día,  
dará á tu espíritu  
animación.

Con llave de oro  
te dará cuerda  
para que marche  
tu corazón.

Te trae el sueño,  
y lo que pesa  
sobre tus ojos  
sus alas son.

Niño de mi alma,  
te doy mis besos,  
te doy mis cantos  
y mi oración.

Cierra esos ojos  
para que venga  
el ángel bueno  
de mi canción.

## CONSEJOS DE LA ABUELA

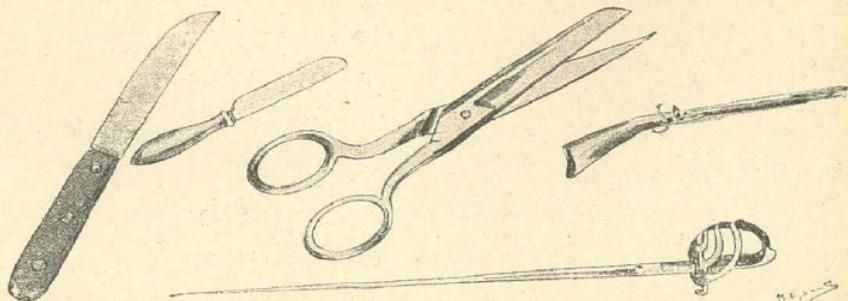
¡CUIDADO, NIÑOS!

Un niño no debe nunca tener el lápiz metido en la boca. Si tropieza, ó si el compañero le empuja sin querer el codo, el lápiz puede causarle un mal muy grave, introduciéndosele en la garganta.

No debe beber caminando, ni correr con los brazos cruzados ó con las manos en los bolsillos. Debe llevar los brazos libres para ayudarse con ellos si cae, y no dar en el suelo con las narices.

Si su mamá le manda traer ó llevar unas tijeras ó un cuchillo, hágalo con cuidado, llevando la punta para abajo.

Tijeras, cuchillos, navajas de afeitar son cosas que los niños no deben tocar.



## A PESCAR

—¿Qué haces, Jorge, con esa pipa y esa boina?

—Soy un pescador.

—¡Ja, ja! ¡Un pescador sin río, sin bote, ni pescados!



—¿Quieres ver cómo anda mi lancha?

Los chicos ven en el suelo, en medio del patio, la tapa del canasto grande de la ropa.

—¿Ésa es tu lancha? preguntan.

—Ésa es, contesta Jorge con calma.

—¿Y dices que anda?

—Y digo que anda cuando yo remo.

—¿Á que no anda?

—¿Á que sí?

—¿Á que no?

Jorge salta dentro de su bote.

—Alcánzame el remo, dice á Tito.

Tito, desde la orilla, que es una puerta, le tiende el remo, que es una escoba. De pie, en medio del canasto, Jorge apoya sobre el suelo la escoba, tomándola por el cabo, y hace fuerza con el cuerpo para el lado contrario. El canasto, con Jorge dentro, se desliza por el suelo.



—¿Qué tal? pregunta.

Esta vez Jorge triunfa. Una remada tras otra, y su lancha recorre el patio en todas direcciones.

—Préstamela, préstamela, piden todos.

—Primero llevaré á Tito á dar un paseo por el río, dice Jorge.

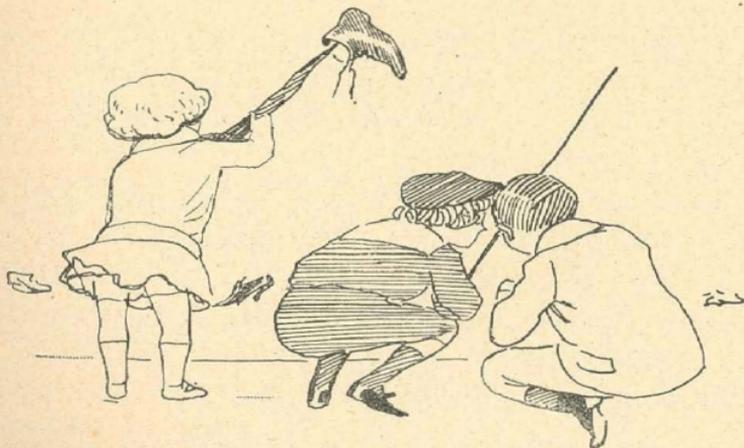
Tito se sienta en la lancha y Jorge rema, siempre de pie.

—¡Adiós! ¡Adiós! dice Tito, saludando alegremente á sus hermanos.

Luego, desde el bote ó desde la orilla, se ponen todos á pescar, uno con un bastón,

otro con un paraguas, otro con un palo cualquiera.

¿Qué pescan? Zapatos que han diseminado por el suelo... Y no es del todo fácil pescar zapatos con caña. Es cierto que se ven, y que no se escapan; pero no muerden el anzuelo como los peces verdaderos, y hay que saber encontrar el equilibrio para sacarlos ensartados en la punta de un bastón.





## EL HERBARIO

Adita ha recibido, como regalo, de su tía Adelia, un cuaderno ancho y grande. En su tapa se lee, escrito con letras doradas, este título: «Herbario».

Después de revisarlo página por página, siente Adita una pequeña desilusión al verlas todas en blanco, pues había esperado encontrar figuras. Vuelve entonces á leer el título y pregunta á su tía:

—Pero ¿qué es un *herbario*?

—Un herbario es un cuaderno para coleccionar hojas secas. Y si se quiere, para clasificarlas también, le responde Adelia.

—¿Las hojas amarillas y rotas que caen de los árboles en otoño?

—No, Adita; hojas de todas clases, cortadas y puestas á secar con cuidado. Yo te enseñaré á juntarlas.

Tía y sobrina salen al jardín. Adelia lleva una caja y unas tijeras. Siguiendo sus indicaciones, Adita corta de cada planta una hoja y la guarda en la caja. Y cuando ha juntado bastantes, las coloca una por una, estirándolas, entre las páginas de un libro. Allí las deja secar.

Cuatro días después Adita ve, complacida, cómo las hojas así secas conservan sus bonitas formas.

Entonces toma su herbario, y en cada página pega algunas hojas, formando con ellas variadas figuras. Debajo de cada hoja escribe el nombre que le corresponde.

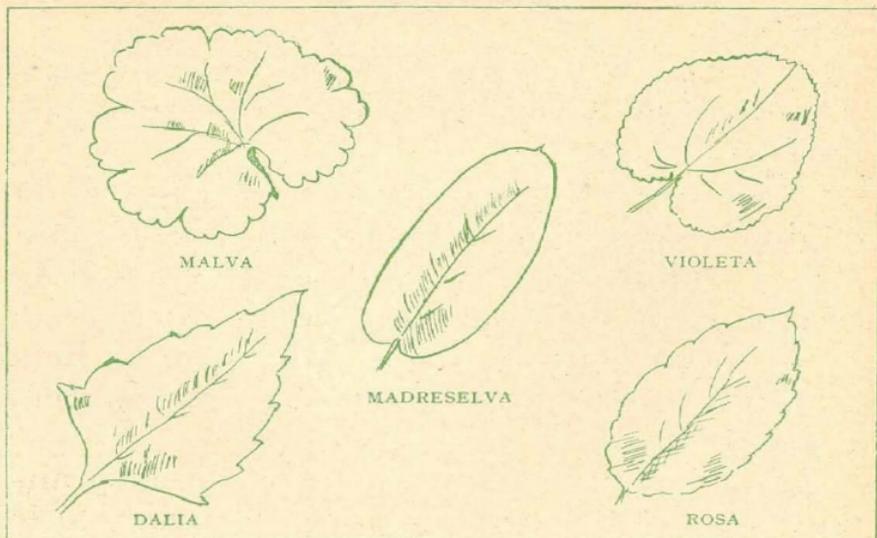
Está tan entusiasmada Adita con su herbario, que corre á mostrarlo á todas las personas de la casa.

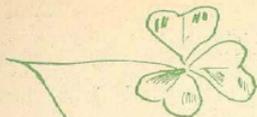
Juan le ofrece llevarle hojas de jacarandá del árbol del colegio, Jorge le promete ir

al río a buscar hojas de plantas *acudticas*, y Tito... Tito propone cortar *yuyos* del jardín.

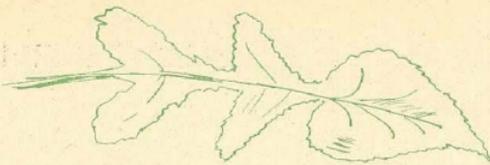
Todos se ríen de la ocurrencia. Pero Tito no se desalienta y lleva sus yuyos, entre los cuales hay algunos muy delicados y curiosos.

Adita los recibe con alegría, y llena con ellos una página del herbario, en la cual escribe: «Hojitas juntadas por Tito», y resulta una de las más bonitas.

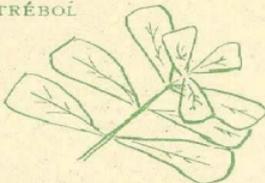




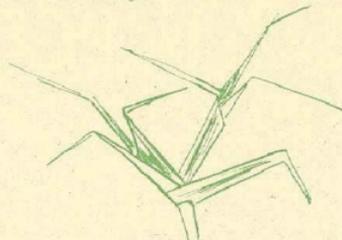
TRÉBOL



BORRAJA



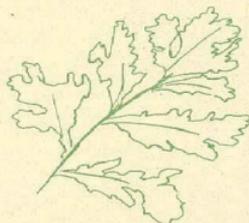
VERDOLAGA



GRAMILLA



MARGARITA



MANZANILLA



SIEMPREVIVA



COSMO

## EL RAMO DE VIOLETAS

—¡Buenos días, señoritas! ¡Qué suave perfume tenéis! Así saluda Adita á cinco violetas que se han abierto en su pequeño jardín. Y sin más, las corta para llevárselas á su mamá.

—¿Quieres hacerlas durar varios días? le pregunta ella.

—¡Oh! sí, mamá; me daría lástima verlas morir en seguida.

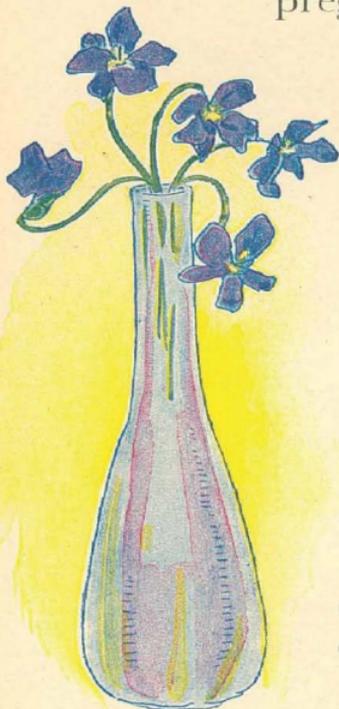
—Entonces ponlas en un florero con agua, y echa en el agua un pedacito de carbón.

Así lo hace Adita. Y á la mañana siguiente, apenas se levanta, va á ver sus violetas.

—¡Qué frescas estáis, les dice; me parecéis más lindas que ayer! Veo que se han abierto en el agua las que corté medio cerradas aún.

Y Adita les cambia el agua, dejando siempre el pedacito de carbón.

Y lo mismo hace cada ma-



ñana. Las violetas permanecen frescas cinco días; pero al sexto empiezan á ponerse tristes.

—Córtales las puntas á los tallos, le aconseja entonces su mamá, y sumérgelos luego en agua caliente.

Adita sigue el consejo, y ve con alegría que las violetas reviven. Pero poco les dura esa nueva vida; algunas horas después inclinan de nuevo sus cabezas.

—Parecen cansadas de vivir, dice Adita.

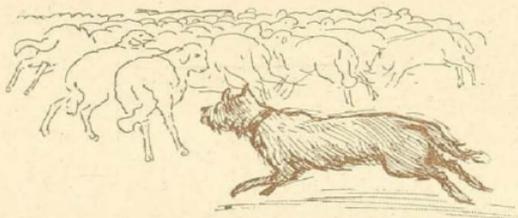
—Si quieres, podemos ahora hacerles cambiar de color, le propone su mamá. Quemaremos azufre sobre el mármol del lavatorio. Ven, acerca las violetas al humo...

—¡Se ponen blancas, blancas! exclama Adita sorprendida.

A pesar del cambio de color las violetas se marchitan al fin. Pero Adita no se decide á tirarlas. Las guarda dentro de un libro. Y las violetas cambian de color una vez más; ahora están amarillas y durarán mucho tiempo así.

Adita las pega en su herbario, y escribe debajo: «Estas son las primeras violetas de mi jardín.»

## EL AMIGO DEL HOMBRE



*Ovejero* es un buen perro. Ayuda á su amo á encerrar las ovejas en el corral. Corre tras ellas dirigiéndolas por el buen sendero. Cuando no le obedecen, las muerde levemente en las patitas.

*Compasivo* guía al viejecito ciego por los caminos. Cuando el viejecito se sienta á descansar, *Compasivo* se echa sobre sus pies para calentárselos.



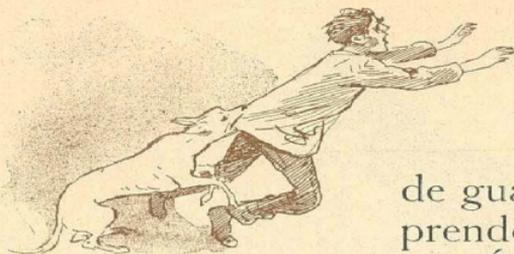


*Caridad* pide limosna para los inválidos y los ancianos. Lleva colgada al cuello una alcancía con este letrero:

Yo soy Caridad,  
el perrito de los pobres;  
tened la bondad  
de darme algunos cobres.



Sube a los trenes, á los tranvías y á los coches. Cuando algún viajero distraído olvida echar una moneda en su alcancía, Caridad lo toca suavemente con la pata, como diciéndole: «¡Una limosnita por el amor de Dios!». Y nadie deja de dársela. Son muchos los pesos que Caridad ha reunido así para los necesitados.



*Temerario* acompaña al vigilante, durante sus largas horas de guardia, y le ayuda á prender á los malhechores. Él es, á veces, quien primero alcanza al ladrón que huye, y, mordiéndolo del saco, lo sujeta hasta que el vigilante llega.

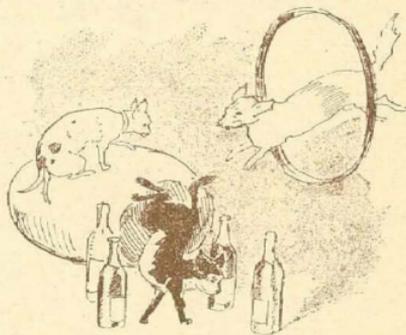
*Amigo* juega á las escondidas con Ignacio y Luis María. Corre por toda la casa buscando á sus compañeros. Y cuando Guillermina y Rosa saltan en la cuerda, *Amigo* sostiene entre los dientes un extremo de la sogá.



*Valiente*, el perro bombero, no es menos bravo que *Temerario*. En cuanto suena la campana, se coloca de un salto sobre el carro de incendios. Un día, mientras los bomberos combatían el fuego en una casa de varios pisos, *Valiente* subió por una escalera que encontró apoyada ante la ventana de la buhardilla. Un bombero heróico acudió al aviso del perro que ladraba, y sacó del cuarto á un niño de meses medio asfixiado por el humo. La madre había ido al mercado y nadie sabía que el niño estuviera en la casa.

*Fin*, *Bin* y *Kin*, trabajando en un circo, ayudan á su dueño á ganarse la vida. *Jin* salta por un aro, *Bin* hace pruebas sobre un tonel, y *Kin* camina entre botellas.

También representan, entre los tres, una *pantomima* que los niños aplauden con entusiasmo.





PRIMAVERA



## CÓMO LAS MARAVILLAS APRENDIERON A TREPAR

(Adaptado del inglés)

Adita está en cama, resfriada, y dice:

—Abuelita, ¿cuéntame un cuento?

—¿Un cuento de qué?

—De las maravillas, responde Adita, mirando las campanillas azules que, desde la ventana, parecen sonreírle.

La abuelita meditó unos momentos... Trata de recordar si, entre las numerosas historias que le contaron cuando ella también era pequeña, hay alguna referente á aquellas enredaderas y á sus bonitas flores... Luego comienza:

—Hubo un tiempo en que las maravillas se arrastraban por el suelo. Nunca habían trepado.

Cerca de una planta de maravillas, en la copa de un tala, vivía entonces doña Chingolo y su nene Chingolín.

Chingolín tenía un ala rota y no podía volar. Se quedaba en el nido todo el día. Veía á su alrededor las frutitas del tala, y hasta podía comer las que estaban más cerca. Al anoecer, la mamá Chingolo, cuando volvía volando al nido, le traía granos y gusanitos, y le contaba todo lo que veía en el mundo.

Le hablaba tanto de las preciosas campanillas azules con listas rosadas, que Chingolín estaba loco por verlas. ¡Cuánto desearía ver las maravillas! decía.

Las campanillas lo oyeron y quisieron dar ese gusto á Chingolín. Se arrastraron por el suelo hasta llegar al pie del árbol. Pero no podían seguir adelante porque no sabían trepar.

Tanto deseaban subir que, por fin, un

día, una rama de la planta, cubierta de botones, y más audaz que las otras, se agarró fuertemente á la corteza del tronco, se estiró cuanto pudo, y, poco á poco, sin darse cuenta de ello, estaba ya trepando.

Sujetándose siempre en el tronco del tala, la rama trepaba y trepaba, un poco cada día, hacia el nido del pobre pajarito. Y al fin una mañana, cuando Chingolín abrió los ojos, lo primero que vió, fué la carita suave y fresca de una campanilla azul, recién abierta que, apoyándose en el borde del nido, le miraba sonriendo.

Desde entonces las maravillas trepan y se asoman gustosas á los nidos, donde hay algún pajarito que no puede volar, y á las ventanas de las niñitas enfermas para alegrarlas.



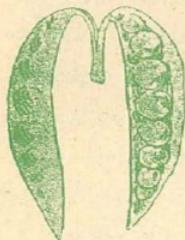
## LA RIQUEZA DE MAX

—¿De qué traes los bolsillos tan llenos, Max? Parece que van á reventar...

—Adivinen. Son unas cositas que me regaló el verdulero.

—Danos algún otro dato.

—Cada una, cuando se abre, parece una cuna donde duermen cinco hermanitas.



—¡Ah, ya sé! Son alberjas.

—Has adivinado. Aquí están. ¿Qué podemos hacer con ellas?

—Una sopa. Yo sé cocinar.

Las coceremos primero en agua con sal, después...

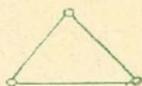
—No, Adita... Más vale jugar con ellas. Que Max las reparta entre todos. Yo traeré palitos, y veremos lo que cada uno es capaz de hacer.

—Me parece una buena idea. Tengo veintiocho vainas y, como somos siete, nos tocan cuatro á cada uno. Repartamos...

—Y aquí están los palitos; repartamos también...

—¡Miren á Tito! En cuanto ha recibido sus alberjas, ha ido corriendo á dárselas á los pollitos.

—Y yo ya formé un *triángulo*.



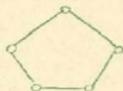
—¡Gran cosa! No se trata, Jorge, de concluir pronto, sino de hacer algo bueno.

—Ya verás; haré una serie de figuras *geométricas*. Hé aquí un *cuadrado*. Ahora haré un *pentágono*.



—¿Pentágono?

—Sí, porque tiene cinco lados; aquí está.



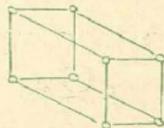
—Tiene la forma de un farol.

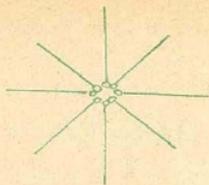
—Miren. Yo tengo una mesita.

—Y si le añades cuatro palitos, puedes tú también representar una figura geométrica: un *cubo*.

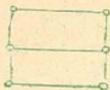


—¡Qué miedo me da la araña de María Delia!

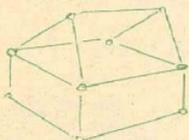




—No es una araña, Juan, es el sol. Aquí está la escalerita por la que subí al cielo para bajarlo.

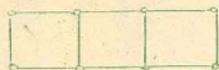


—Esta es mi casa.

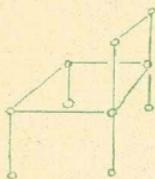


—¡Qué casualidad! Yo he hecho un cerco. Te lo regalo Manolo, para rodear tu quinta.

—Gracias, Marco Arturo.



—¡La casita merece el primer premio!



—A mí más me gusta la silla de Max, dijo Adita, que venía corriendo del jardín, trayendo á Tito de la mano...

—¿Y tú qué has hecho, Adita?

—¡Ah! Mi obra será quizá la mejor de todas. Tito me ha ayudado; pero ni él ni yo diremos nada. Y sólo dentro de algunos días, podrán verla.

¿Qué será?

## EL SECRETO DE ADITA

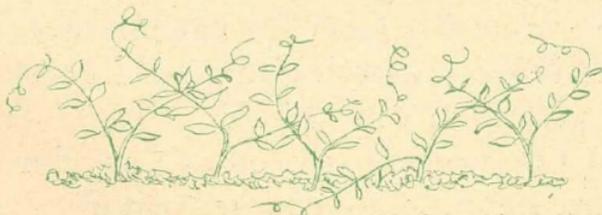
Adita había corrido al jardín. Arrodillada al pie de una ventana, abrió en la tierra, con un cuchillo, cinco agujeritos...

En eso vió á Tito que volvía del gallinero y le dijo:

—Ven, querido; has sido generoso dando tus alberjas á los pollitos; en recompensa te contaré un secreto, pero ¡chist! no lo digas á nadie...

En cada agujero pusieron tres alberjas, y luego lo volvieron á tapar. Tito llevó su regaderita y regaron la tierra.

Después, cada día, fueron á ver si habían brotado los granos enterrados, hasta que por



fin vieron asomarse dos hojitas verdes, tiernitas. Pronto aparecieron cinco plantitas y empezaron á crecer.

Tito quería contarle á todos, pero Adita le hizo callar todavía.

Por fin las plantas estiraron sus ramas hasta el marco de la ventana, y un día se cubrieron de florecitas blancas.

Entonces sí que Adita llamó á sus hermanos y á sus primos, y, llena de alegría, les mostró el resultado de su obra.

—¿No es esto más lindo que el rancho de Manolo y la silla de Max? les preguntó.

—Está preciosa tu ventana, Adita; ¿pero qué tienen que ver estas plantas con la silla que yo hice?

—¿Qué tienen que ver? Ni más ni menos que el haber brotado de las alberjas que me diste. Mientras ustedes formaban sus figuras, yo las plantaba con Tito...

—¡Qué bonitas flores! ¿Nos darás algunas para llevárselas á la señorita?

—Bueno, Max... Te doy una ramita á ti... pero las demás no las cortemos. ¿No recuerdas que lo primero que propuse fué que hiciéramos una sopa? Pues de estas flores saldrán más vainas que las que tu trajiste para todos. Cuando estén sazonadas, les invitaré á comer mi sopa. ¡Ya verán qué sabrosa será!

—Y mientras tanto tienes adornada tu ventana... ¡Viva Adita que plantó la alberjita! ¡Viva Tito que la regó!

—¡Y viva la alberjita!



## PASCUAL

Pascual era un buen muchacho; sus camaradas lo querían mucho porque era justo y conciliador. A él acudían para que hiciera de juez en todas las disputas, pues él, mejor que nadie, sabía apaciguar los ánimos y aclarar las cuestiones.

Si alguno hacía una travesura, Pascual le reprendía, y si un muchacho grande golpeaba á alguno de los menores, Pascual, que era también muy valiente, lo castigaba con severidad. Era el primero en acudir al peligro y en socorrer á sus amigos.

Pascual se hizo hombre y, entre todos los oficios, eligió el de vigilante.

Ahora, bajo la lluvia, ó bajo los rayos ardientes del sol, defendido tan solo por su capote, ó por su casco, pasa muchas horas, de pie, cumpliendo su misión. Cuida de que no se produzcan altercados, de que las mujeres sean



respetadas, de que los niños, lo mismo que los ancianos, puedan cruzar la calle sin que los atropellen los coches.

Enseña el camino al que no lo sabe, y si el que se ha perdido es un niño, le pregunta cariñosamente su nombre, y la calle y el número de su casa. Lo toma de la mano, y lo lleva hasta su domicilio.

Pascual es amigo de todos los niños, y todos los niños del barrio lo quieren. Cuando pasan á su lado le dicen afectuosamente: «Adiós, Pascual.»

Como Pascual, todos los vigilantes cuidan del orden público, cuidan las casas y los niños. Respetemos á los vigilantes que tan útiles y nobles servicios prestan.



## ACCION LAUDABLE

Todo Buenos Aires admiró, no hace mucho, la notable acción de un vigilante.

Este vigilante ocupaba un día su puesto en una esquina del Paseo de Julio, cuando vió que, en el balcón de un tercer piso, jugaba un chiquito, de tres años más ó menos. Estaba solo y se subía á la reja del balcón.

Pensó el vigilante en el peligro que el niño corría; se acercó á la casa, tocó la campanilla, y avisó lo que pasaba. Mientras tanto el pequeño, pasando un pie por encima de la baranda, trataba de montarse sobre ella.

El vigilante tembló imaginando que el niño caería de un momento á otro, y se colocó debajo del balcón para recibirlo en sus brazos si esto sucedía.

El niño perdió el equilibrio pero no cayó todavía. Con las dos manecitas se prendió fuertemente de la reja quedando suspendido en el aire.

El vigilante, con los brazos abiertos, es-

peraba con angustia el instante inevitable en que, perdiendo las fuerzas, el niño caería.

La gente se amontonaba debajo del balcón. ¿Tendría el vigilante bastante habilidad y presencia de ánimo para recibirlo en el aire?

Pasaron algunos segundos... Todos aterrados miraban al niño.

La madre apareció en el balcón. Llegaba tarde. El niño, sin fuerzas ya para sostenerse, desprendió sus bracitos y se dejó caer.

Se oyó un grito de horror, y en seguida un grito unánime de alegría, de triunfo y de admiración. El vigilante había salvado al niño, recibéndole en sus brazos.



## EL VESTIDO DE PERCAL

Ratona, queriendo sorprender á sus compañeras las ratas del pueblo, fué á casa de la modista y le preguntó:

—¿Cuánto me llevas por hacerme un vestido de percal blanco con quesitos rojos?

—Veinte monedas, contestó la modista.

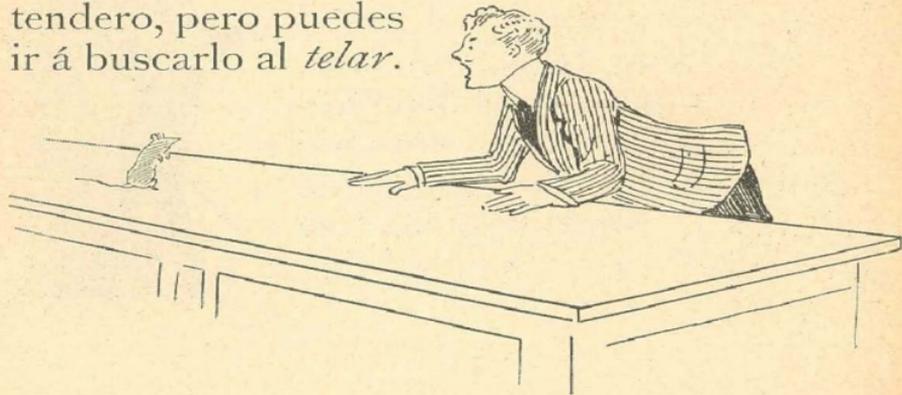
—¡Oh! es muy caro.

—Tráeme el género y te saldrá más barato.

Ratona fué á la tienda y preguntó al tendero:

—¿Tienes percal blanco con quesitos rojos?

—No tengo «de ese gusto», contestó el tendero, pero puedes ir á buscarlo al *telar*.



La rata fué al telar, que era una *fábrica* muy grande. Había allí tantos hombres trabajando en las máquinas, y tanto ruido, que Ratona aturdida no sabía adonde dirigirse. En eso vió unas grandes ruedas que, andando, cantaban:

Fabriquemos preciosos tejidos,  
dando vueltas, para los vestidos.

—¡Hola! Esto es lo que necesito, pensó Ratona. Ruedas, ¿podrías hacerme una tela blanca con quesitos rojos? les preguntó.

—Tráenos el hilo, contestaron las ruedas sin dejar de dar vueltas ni de cantar.

Ratona vió un poco más lejos, en la misma fábrica, otras ruedas; se acercó á ellas y oyó que decían:

Hilemos, hilemos el algodón,  
dando vueltas y vueltas, din don don.

—Justamente; he aquí lo que me hace falta ahora, dijo Ratona, y preguntó á las ruedas: ¿Podrías darme un poquito de hilo?

—Tráenos el algodón *desgranado*, y nos-

otras lo *devanaremos* con nuestros *husos*, contestaron las ruedas.

Ratona se fué á ver al *desgranador*.

—Buen hombre, le dijo, ¿quieres darme un poco de algodón sin semillas?

—Tráeme primero el algodón, y yo lo desgranaré, contestó el desgranador.

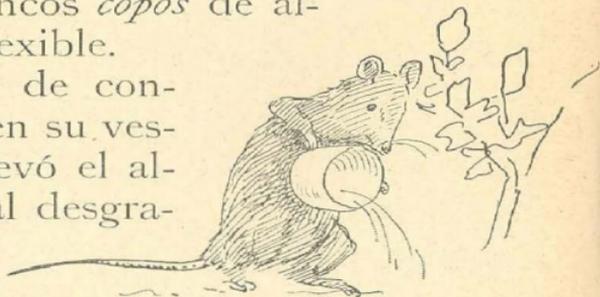
Ratona se fué al Chaco, donde estaba la planta del algodón, y le preguntó:

—Amable planta, ¿quieres darme un poco de algodón:

—Con mucho gusto, contestó la planta, pero antes tráeme un poco de agua, porque tengo mucho calor.

Ratona buscó agua, regó la planta, y ésta, abriendo sus capullos ya maduros, dejó salir de ellos blancos *copos* de algodón suave y flexible.

Ratona, loca de contento, pensando en su vestido de percal, llevó el algodón *en rama* al desgranador. El desgranador le sacó



las semillas, y cobró por su trabajo una moneda.

Las ruedas que movían los husos hilaron el algodón, y cobraron dos monedas.

Las ruedas de la máquina tejedora, tejieron con el hilo una tela blanca con pintas coloradas, que parecían quesitos de Holanda. La máquina tejía y estampaba los colores al mismo tiempo, y por este trabajo Ratona pagó tres monedas.

El tendero midió el género, lo envolvió muy bien en un papel azul, lo ató con una piolita, y lo entregó á Ratona, con un globo de yapa, cobrándole cuatro monedas.

Por fin la modista hizo el vestido, y cobró por la costura cinco monedas.

Ratona sacó la cuenta... «Me ha costado quince monedas el vestido, dijo. Me ha dado mucho trabajo buscarlo todo yo misma, pero me he ahorrado cinco monedas, y he aprendido cómo se hace un vestido de percal blanco con quesitos rojos. Ahora me presentaré muy orgullosa entre mis compañeras las ratas, con mi vestido nuevo. Pero ¡con cuánto

respeto pasaré delante de los hombres que saben tantas cosas!»

¿Sacó bien su cuenta Ratona?



### ¿VOLVERÁS Á MÍ?

Adita cose un rasgón en su vestido viejo. No lo usará más, pero quiere dárselo á María cosido, lavado y planchado.



—Estoy pensando una cosa, abuelita, dice de pronto. ¿Qué será de este vestido que me ha

acompañado en tantas diversiones, que ha ido conmigo tantas veces á la escuela, cuando María no lo use más?

—Piensa un poquito...

—Cuando esté muy viejo, María, que es muy aseada, lo empleará como trapo de piso ó para limpiar los muebles.

—¿Y después?

—Después lo tirará á la basura... ya

no sé más... ¿Se convertirá en tierra, abuelita?

—Todavía no, hijita; de allí lo sacará un *trapero*. El trapero lo lavará junto con todos los trapos que encuentre entre la basura, pues ése es su oficio, y lo venderá luego á alguna fábrica.

—¿Y qué se puede hacer de un trapo viejo y gastado?

—Papel fino para escribir...

—¿Entonces, abuelita, puede ser que un día reciba una cartita de una amiga invitándome á una fiesta, escrita en un pedazo de mi vestido viejo? ¡Qué alegría!

Adiós, vestido mío, que tanto me has servido. Sírvele también á María cuanto te sea posible, y después, si no eres ingrato, volverás á mí trayéndome una buena noticia. ¿Verdad? ¿Volverás á mí?





## CÓMO EL GUSANO DE SEDA SE HIZO MARIPOSA

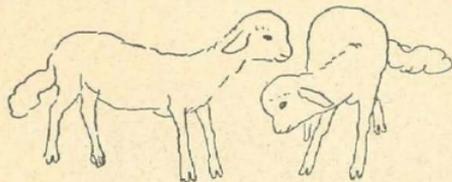
El hada del bosque dijo un día á las plantas y á los animales, que eran sus súbditos muy queridos:

— Deseo vestirme como las señoritas del pueblo, para visitarlas sin que me reconozcan. ¿Quién me dará lo que preciso?

— Yo, dijo el zorro, te daré un lindo saco de mi piel.

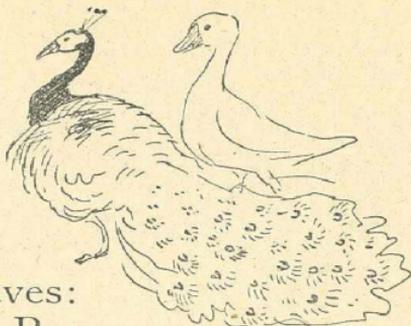
— Y de la mía, tendrás un finísimo cuello blanco, dijo el armiño.

— Nosotros, dijeron los corderitos, te daremos de nuestra lana, una camiseta y unas enaguas de abrigo; pues es éste un invierno muy cruel.



— Y la ropa blanca de fina batista de

hilo, te la darán nuestros tallos después de *macerados*, susurraron las plantas de lino.



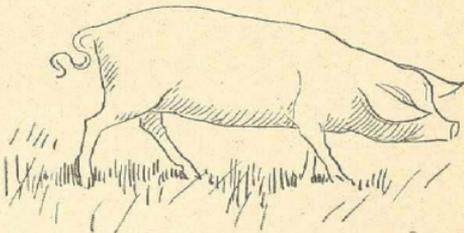
Multitud de aves: faisanes, aves del Paraíso, garzas, marabúes, avestruces, lechuzas, dijeron, hablando todos á la vez: «nosotros adornaremos tu sombrero con nuestras plumas». Hasta el gallo y el pavo real ofrecían sus colas para lo mismo.

En eso se acercó gruñendo un lechoncito.

El hada se rió.

—¿También tú vas á ofrecerme plumas?

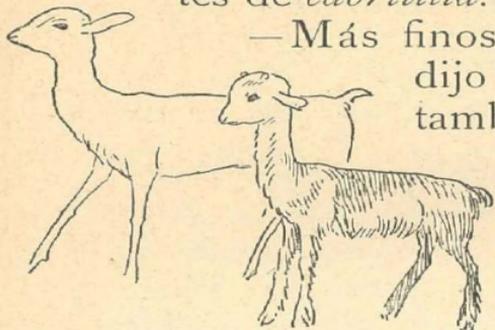
—Plumas no, dijo el cerdo un poco ofendido, pero mi cuero, *charolado*, te dará un lindo par de zapatitos.



— Gracias, gracias; ¿y quién me dará un par de guantes?

— Yo, dijo el cabrito, puedo darte guantes de *cabritilla*.

— Más finos son los de *gamuza*, dijo una gamuza ofreciendo también su piel.



— Muy bien, mis queridos animalitos; no disputéis, dijo el hada. Sois todos muy útiles,

y os doy las gracias. Pero yo quisiera un vestido de seda, y nadie me lo ofrece. ¿Ninguno de vosotros me lo puede proporcionar?

— ¡Yo, yo! dijo una vocecita.

El hada miró para todos lados, y no vió nada.

— ¿Quién? repitió. ¿Quién me dará el vestido de seda?

— Yo, yo, volvió á decir la vocecita.

— ¿Pero dónde estás? ¿Quién eres?

— Estoy en el dorso de una hoja de mo-

ra; aquí, en la rama que te toca en el hombro. Te hablo al oído mismo...

El hada miró el revés de la hoja de morera que le tocaba en el hombro, y vió un gusanito blanquecino verdoso.

—¿Tú? ¿tú, me vas á hacer el vestido de seda? dijo, y se echó á reir.

—Ya verás, dijo el gusanito, y se puso á tejer un *capullo*, dejando salir de su *obrador*, que es un agujerito que tiene debajo de la boca, una hebra de seda muy fina de color amarillo.

—Ya lo veo, gusanito; eres muy hábil, muy trabajador y muy humilde. Pídeme lo que quieras, y te lo daré en recompensa.

—Quiero alas, dijo el gusanito.

El hada lo tocó entonces con su varita de virtud, y se retiró.

El gusanito siguió tejiendo alegremente y,



al cabo de varios días, concluyó su capullo, encerrándose dentro de él. Y como tenía mucho sueño y estaba cansado de trabajar, se quedó dormido.

Pasados de nuevo algunos días, despertó y rompió el capullo. Al mismo tiempo sintió algo raro en los costados...

El hada dijo que volaría; probemos, se dijo el gusanito. Y, haciendo un pequeño esfuerzo, desplegó dos alas grises, aterciopeladas. Y volaba, volaba...

¡Qué felicidad! era mariposa.

Loco de alegría voló á dar las gracias al hada, que estaba como la otra vez en el bosque rodeada de sus queridos animalitos. El hada no le reconoció y le preguntó quién era.

—Soy el gusanito que te ofreció el vestido de seda, contestó.

—¿Y ahora ya no sabes tejer?

—Primeramente tejí y trabajé; ahora he recibido mi recompensa, y sé recrear la vista de los demás con mis alegres revoloteos.



## UNA COSA ME ENCONTRÉ...

*Una cosa me encontré,  
siete veces lo diré,  
y si no aparece el dueño,  
con ella me quedaré.*

—¿De qué está hecha?

—De madera y hierro.

—¿Tiene pies?

—Uno solo.

—Camina?

—No, pero baila.

—¿Baila de pie?

—Y también de cabeza.

—¿Y canta?

—Mientras baila.

—¿Y cuando se cansa?

—Cae rodando por el suelo.

—¿Y puede volver á bailar?

—Si le ayudo con mi piola...

Y ya lo he dicho siete veces,  
y si no aparece el dueño...

—¡Ya adiviné! ¿es mi trompo?

—Sí, es tu trompo; tómallo.

## LA CAMPANA

—¿Por qué han llegado tan tarde? ¿No oyeron la campana?

—Sí, señorita, la oímos, pero nos entretuvimos jugando.

—Me gusta tu sinceridad, Jorge. Pero no hay que desobedecer á la campana. Escuchen si no este cuento que suele contarse á los niños en Alemania.

Había una vez, en un pueblecillo, una campana cuya voz era tan dulce, que en cuanto la oían, los niños de la vecindad corrían hacia la escuela, alegres y presurosos, cantando por el camino:

¡Oh, dulce campanita, tú nos amas,  
cuando á la escuela, con tu son nos llamas!

Gustavo, sin embargo, era un niño tan perezoso que se resistía á la amable invitación, y decía:

Aunque es tu voz suave, campana,  
á mí más me gusta la cama;

y seguía durmiendo.



Su mamá le decía: «Gustavo, Gustavito, si no obedeces á la voz de la campana, ella misma vendrá á buscarte.»

¡Oh! pensaba Gustavo, la campana está en la escuela, colgada muy alto, de un gancho.

Pero una mañana oyó como en sueños un gran repiqueteo, y vió al mismo tiempo á

la campana que entraba por la puerta de su cuarto. Aterrado saltó de la cama y comenzó á correr. Pero la campana seguía tras él, le alcanzaba, se le ponía de sombrero. Ya iba á cubrirle entero, cuando, con gran habilidad, Gustavo logró escaparse. Se encerró en el cuarto contiguo, y, mientras la campana seguía llamando y llamando, se vistió rápidamente, saltó por la ventana, y corrió en dirección á la escuela.

Todavía mientras corría, oía á la campana repiqueteando tras él. Sin aliento, se sentó en su pupitre y pudo por fin, tranquilizado, mirar á la campana que estaba de nuevo en su sitio, colgada del gancho.

Desde entonces, Gustavo tuvo buen cuidado de salir para la escuela á la primera llamada. ¡Y qué agradecido quedó á la campana!

Gracias á su lección, fué un niño aplicado y después un hombre útil.



## EL SUSTO DE TITO

—¿Qué pasa, Tito, qué pasa? exclamaron todos al ver á Tito que llegaba corriendo de la quinta, pálido de susto.

—En la huerta, cerca de la pared, hay un hombre escondido, explicó Tito repeniéndose un poco.

Alarmado don Augusto tomó su bastón y salió al jardín. A los pocos minutos volvió riendo: «Ven, Tito, quiero que veas de cerca lo que tanto te ha asustado.» Y tomándole de la mano, le llevó al jardín.

Cuando hubieron dado unos pasos, Tito, á quien no satisfacía esa excursión nocturna, dió un grito: «¡Ahí está, papá, allí, en la pared!»

—Ya lo veo, hijito. Ahora mueve un brazo ¿verdad? Ven, acércate, no tengas miedo.

Tito, sin soltar la mano de su papá, se decidió á acercarse. Al llegar á la pared vió con sorpresa que no había tal hombre.

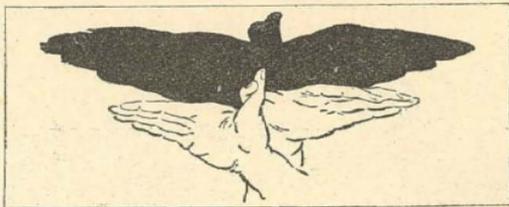
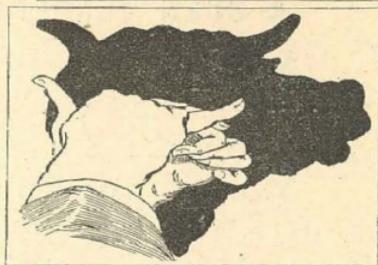
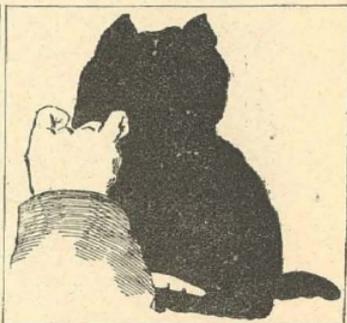
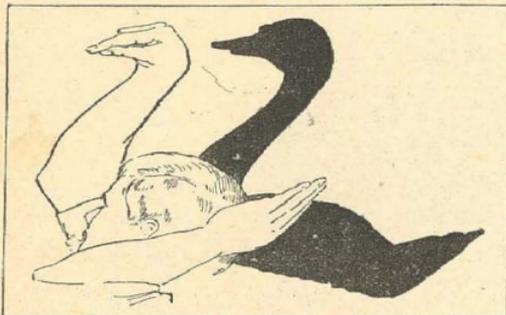
Era la sombra producida por un árbol



junto con algunas piezas de ropa que habían colgado en él para que se secaran. Esa sombra presentaba, á cierta distancia, la figura de un hombre.

—Ya ves, amiguito; no hay que ser tan miedoso, ni asustarse de las sombras.

Las sombras llegan á adquirir formas muy curiosas. Vamos al comedor, y les enseñaré á proyectar en la pared, por medio de las manos, sombras que tendrán exactamente la forma de distintos animales.



SOMBRAS Y FIGURAS

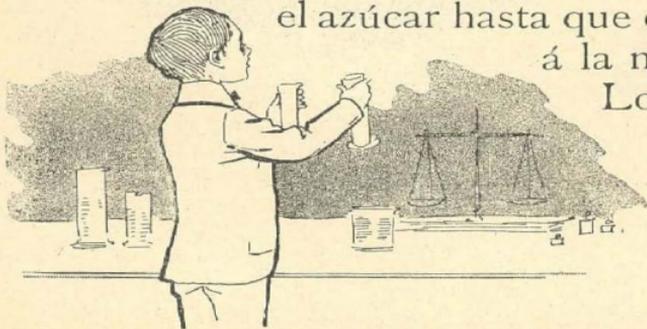


### Á BUEN VENDEDOR, BUEN COMPRADOR

Yo tengo en mi tienda géneros, cintas y puntillas. Las vendo por *piezas* ó por *metros* y no doy ni un *milímetro* de menos.

Yo soy almacenero y vendo comestibles y otros artículos. Los sólidos, como el azúcar, los vendo por *kilos*, pesándolos en mi balanza. Pongo en un platillo la pesa y en el otro el azúcar hasta que queden los dos á la misma altura.

Los líquidos, como el vino, el aceite y el ke-ro-sén, los vendo por *litros*.



Yo he puesto un bazar. Vendo tazas con sus respectivos platos, y copas por *docena*; floreros por *pares*, y otros objetos por *unidades*. ¿Quieren *una* muñeca? ¿Quieren *media docena* de vasitos?



Yo soy el comprador. Compraré en la tienda dos metros y medio de tela, una pieza de cinta y ochenta centímetros de puntilla.

Compraré en el almacén medio kilo de nueces y un litro de vinagre. Compraré en el bazar una lámpara, un par de floreros y media docena de tazas.



Compro por dinero. Pago con *pesos* y *centavos*, y no doy ni un centavo de menos, pero quiero que me vendan la medida exacta, y artículos de buena calidad.



## NO OCULTAR LAS TRAVESURAS

—¡Qué vistoso florero para mi bazar! exclama Jorge, y empinándose, trata de alcanzarlo. ¡Zas! El florero cae y se hace mil pedazos.

Jorge tira á la basura los más grandes, para que nadie vea el florero roto. Pero á la mañana siguiente salta descalzo de la cama, y, como en el suelo quedaron vidriecitos, se lastima un pie. ¡Pobre Jorge! Al verse sangre piensa que su herida es grave, y llora.

Su mamá acude al oírle, y Jorge tiene que explicar la causa de sus lastimaduras.

Si desde el principio hubiera confesado su falta, su mamá le hubiera perdonado, pero por haber tratado de ocultarla, se llevó un buen reto además de las lastimaduras.

Éstas, por ser pequeñas, sanaron pronto, pero la lección recibida, Jorge no la olvidará.

## EL HERMANITO

(Adaptado del inglés)

Benito era un niño desaseado. Dejaba sus libros en el suelo, y sus zapatos húmedos sobre la mesa; metía los dedos en las fuentes de dulce, y derramaba tinta en su mejor delantal; todo lo perdía, todo se le olvidaba; eran continuos sus descuidos.

Un día entró á su cuarto el hada del Aseo; «Esto no puede continuar», le dijo. «Vé y quédate en el jardín esperando á tu hermano, mientras yo pongo orden en tus cosas.»

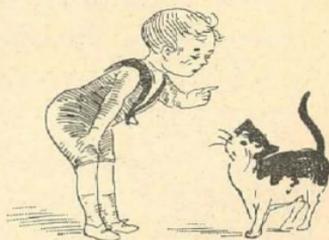
«¡No tengo hermano!» dijo el niño.

«Sí, tienes uno», repuso el hada. «Puedes no conocerle, pero él te reconocerá. Sal al jardín, y no tardarás en verle llegar.»

«No sé lo que quiere decir», dijo el niño, pero salió al jardín y esperó.

Vió venir un gato, y le preguntó: «¿Eres mi hermano?»

«Vé y mírate en el espejo,» contestó altivamente el gato, «y ten-



drás la respuesta. Me he estado lavando al sol toda la mañana, mientras que tú... bien se ve que ni un poquito de agua has tocado. No hay criaturas semejantes á ti en mi familia. ¡Estoy humildemente satisfecho de poder decirlo!» Y se alejó moviendo la cola.

El niño esperó.

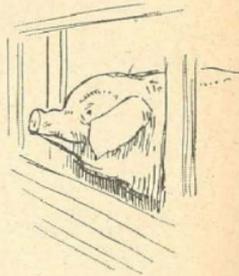
Pasó un jilguerito saltando. «¿Eres mi hermano?» le preguntó el niño.

«¡No, de ninguna manera!» dijo el jilguero. «¡Qué impertinencia! No encontrarás una persona más aseada

que yo en todo el jardín. Ni una sola de mis plumas está fuera de su lugar, y mis huevos son el encanto de todos. ¡Hermano mío, tú!»

Abrió sus alas y partió. Y el niño esperaba.

Llegó un cerdo trotando. Benito no deseaba preguntarle si era su hermano, pero el cerdo no esperó la pregunta.



«¡Hola, hermano!» gruñó.

«No soy tu hermano», dijo el niño.

«¡Oh, sí que lo eres!» dijo el cerdo. «Confieso que no estoy orgulloso de ti, pero debo reconocer á los miembros de mi familia. Vamos, pues, y revolquémonos un poco en el chiquero. Hay allí un lindo barrito negro.»

«No me gusta revolcarme en el lodo» dijo Benito.

«¿Que no te gusta?» repuso el hermano cerdo. «Mira tus manos y tus zapatos y tu delantal. Ven; te convidaré con un poco de mi sopa, si hay más de la que necesito.»

«No quiero sopa de cerdo» dijo el niño, y empezó á llorar. En este momento el hada del Aseo salió al jardín. «He puesto todo en orden», dijo, «y así debe quedar. Ahora ¿quieres ir con el hermano cerdo, ó quieres volver conmigo y ser un niño cuidadoso?»

«¡Contigo, contigo!» gritó el niño colgándose de los vestidos del hada.

El cerdo gruñó: ¡«No pierdo mucho! Habrá más sopa para mí», y se alejó trotando.



## LOS ANIMALES Y LA MÚSICA

—¿No estoy parecido, Pipo?

—¡Qué risa! ¡Tito cree que Pipo va á conocer su retrato! ¿Verdad, papá, que no lo ve?

—Yo creo que no, Juancito. Hubo, sin embargo, un sabio que hizo muchas experiencias con su perro, y aseguró que éste le había reconocido en su retrato, y que algún día le enseñaría á leer. Lo que es sabido es que el perro aprendió á distinguir, unos de otros, varios cartoncitos del mismo tamaño

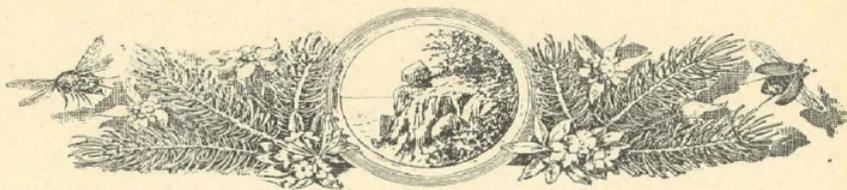
y forma, por los distintos colores con que estaban pintados. Su dueño conseguía que le alcanzara el cartoncito que deseaba, según se lo pedía.

—¿Y la música, papá? Yo conozco varios animales á los cuales les gusta la música. Nuestra palomita que baila la polca; la cotorrita de Josefina que se está sobre el candelero del piano mientras tocan, y trata luego de imitar las escalas y los trinos. Manolo le ha enseñado á su zorzal á cantar *vidalitas*. Y los canarios de casa, cuando oyen cantar, ó tocar algún instrumento de música, se entusiasman y cantan con más alegría que nunca.

—Lo creo, Juancito. Los caballos de los soldados de caballería llegan á distinguir los diferentes toques del clarín.

—El perro de Margarita llora cuando oye música triste...

—Se dice también que á las arañas les gusta la música. Lo cierto es que se las encuentra muy á menudo alrededor de los pianos, cuando alguien está tocando.



## HADA Y ADITA

Adita, en la puerta de su casa, piensa. «Si fuera un hada, y tuviera una varita de virtudes, tocaría á mi muñeca para que hablara y caminara sola. Es cierto que dice «papá» y «mamá», pero no se ríe, ni me contesta cuando le hablo...»

En eso pasa Fernando, el pequeño lustrabotas, y Adita le pregunta:

—¿Qué harías tú si tuvieras una varita de virtudes?

—Tendría caramelos, juguetes y libros de figuras...

Adita piensa: yo no soy un hada y tengo todo eso, y, ocurriéndosele de pronto una idea, dice al chico:

—Yo soy un hada.

—¡Un hada! ¿Tú que no tienes ni es-

trella en la frente, ni varita, ni nada? ¡Qué risa!

—¡Tonto! Te lo digo por jugar. Jugaremos á que yo soy una hada, y tú un niño trabajador, que me lustras los botines.

—¿Las hadas tienen botines?

—Las hadas tienen zapatos de oro, pero cuando quieren, se visten como yo para que no las conozcan, y eso es lo que hago ahora. Ya has dejado brillantes mis botines. ¿Cuánto es?

—Cinco centavos...

—Voy á buscarlos. Espera un momento... Tal vez venga el hada á traértelos.

Adita se hace esperar un poco... Fernando piensa que va á suceder algo muy extraño.

Al fin, aparece Adita, envuelta en tules, y adornada con hilos dorados. En la frente lleva una estrella de papel plateado. El hilo dorado y la estrella son regalos de Navidad que Adita tenía guardados. Además lleva una varita en la mano.

Fernando se asusta un poquito... ¿No será una hada verdadera?

Pero en seguida reconoce la voz de Adita que le dice:

—Soy un hada. Eres un niño bueno y trabajador y quiero llevarte conmigo; dame la mano.

—¿A dónde me llevas? preguntó Fernando.

—A un palacio encantado.

El cuarto de Adita le pareció, en efecto, al pequeño lustrabotas, un palacio encantado. Sobre la mesa estaban todos los juguetes de los chicos, los libros de figuras y algunos caramelos.

—Toma lo que quieras, dice entonces el hada.

Fernando no se anima, pero Adita echa su velo hacia atrás, y se echa á reír... Fernando se ríe también. ¡Qué divertido es jugar á las hadas!

Por fin, el niño pregunta: ¿Cómo te llamas?

—Adita.

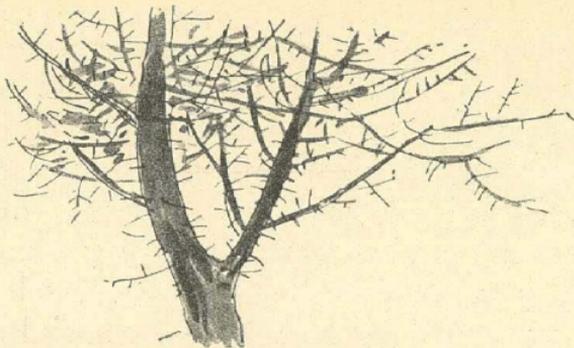
—¿Entonces es verdad que eres un hada?

—Soy Ada, pero sin *hache*.

Fernando, que tiene cinco años y no va aún á la escuela, no entiende la explicación, pero se queda muy satisfecho. Adita lo ve irse con una flautita, una figura y caramelos.

¡Qué felices son las hadas! dice... No necesito hacer hablar á mi muñeca. Todas las veces que pueda seré el hada de los chicos más pobres que yo, especialmente de los huerfanitos. ¿Será para eso que me llamo Adita?





## EL ARBOLITO DESCONTENTO

(Adaptado del alemán)

Había en un bosque un arbolillo, que, en tiempo bueno y malo, permanecía de pie, siempre cubierto de espinas desde la base hasta la copa.

Un día se lamentaba diciendo: «Todos mis camaradas tienen delicadas hojas y yo no tengo sino espinas. Si pudiera hacer mi gusto tendría hojas de oro puro.»

Al llegar la noche, el arbolito se durmió. Y á la mañana siguiente, se encontró, con gran sorpresa, cubierto de hojas de oro.

¡Qué alegría! ¡Ningún árbol del bosque tenía hojas tan preciosas!

Al atardecer cruzaron el bosque unos

vagabundos. Vieron las hojas de oro, las juntaron y se las llevaron en bolsas, dejando al arbolito despojado.

Y el arbolito dijo con tristeza: «¡Ah! ¡Qué avergonzado me encuentro ahora ante los otros árboles, que conservan su ramaje tan hermoso! Si algo deseara de nuevo, sería tener hojas de cristal.»

Como la vez anterior, se durmió, y á la mañana siguiente amaneció cubierto de hojas de cristal. ¡Cómo resplandecía al sol! ¡Era una gloria!

«Ningún árbol del bosque brilla como yo» se dijo con orgullo. Pero se levantó un viento muy fuerte. El viento pasó á través de las ramas verdes haciéndolas cantar, pero cuando llegó á las hojas de cristal, ¡adiós hojas! Rodaron todas por el suelo quebradas en mil pedazos.

El arbolito volvió á lamentarse tristemente! «Mis hojas yacen sobre el suelo, y los otros árboles murmuran todavía con su follaje flexible. Si algo deseara aún, sería solamente tener hojas verdes como mis camaradas.»

Se durmió y á la mañana siguiente se puso á reír de contento al verse igual á los demás. «¡Oh! dijo, ya no tendré por qué avergonzarme.»

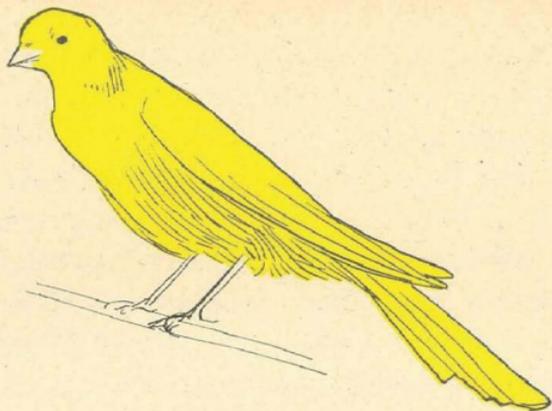
En esto entraron al bosque algunas cabras. Como todos los árboles eran muy altos, las únicas ramas á su alcance eran las del arbolito descontento. Las cabras comieron y comieron de él, y el arbolito quedó despojado una vez más.

Sus quejas fueron entonces más amargas que nunca. «¡Ah! decía, comprendo al fin que lo que más me conviene son mis espinas... Todos mis camaradas pueden ahora reírse de mí. ¡Qué desgraciado soy!»

Y el arbolito se durmió lleno de tristeza. Pero á la mañana siguiente vió con gran alegría que había recuperado todas sus espinas. ¡Qué lindas le parecieron!

¡Sólo entonces supo apreciarlas! Y se dice que nunca volvió á desear otras hojas, ni á sentirse descontento de su suerte.





## LOS CANARIOS

Aditá tiene cinco canarios. Hace un año tenía solamente dos. Su padrino se los había regalado en una bonita jaula dorada.

Cuando llegó la primavera, su mamá le dijo: «Ha llegado el tiempo en que los pajaritos ponen sus huevos. Los canarios son muy delicados y no quieren que nadie mire su nido, ni sus huevitos, ni sus pichones.»

Adita, cubrió parte de la jaula con un lienzo, puso dentro unas ramitas para que sostuvieran el nido, y, entre los alambres, un pedazo de arpillera que serviría para construirlo.

La diligente canarita, arrancando una y

otra hilacha de la arpillera, volaba á colocarla entre las ramas. Una tarde permaneció en ellas mayor tiempo que de costumbre, y no volvió á buscar ya más hilachas.

Adita, llena de curiosidad, aprovechando un momento en que la canaria había bajado para comer, levantó una puntita del lienzo, y vió, tejido de hilachas, un nidito redondo con los bordes muy altos. Y en el fondo del nido un huevito blanco con pintitas azules.

Pocos días después la canaria no abandonaba ya el nido más que para comer. Adita contaba los días que faltaban para que salieran los pichones.

Una mañana creyó oír un pío, pío muy débil. Su corazón latió fuertemente. Pegando el oído á la jaula, tuvo la certeza de que no se había engañado. *Pío, pío*, gritaban los pichones. ¿Cuántos serían? ¿dos? ¿cuatro?

Al fin se aventuró tímidamente y, como la vez anterior, levantó la puntita del lienzo. Tres cabecitas peladas, con los ojos saltones, los párpados negros y cerrados, con un

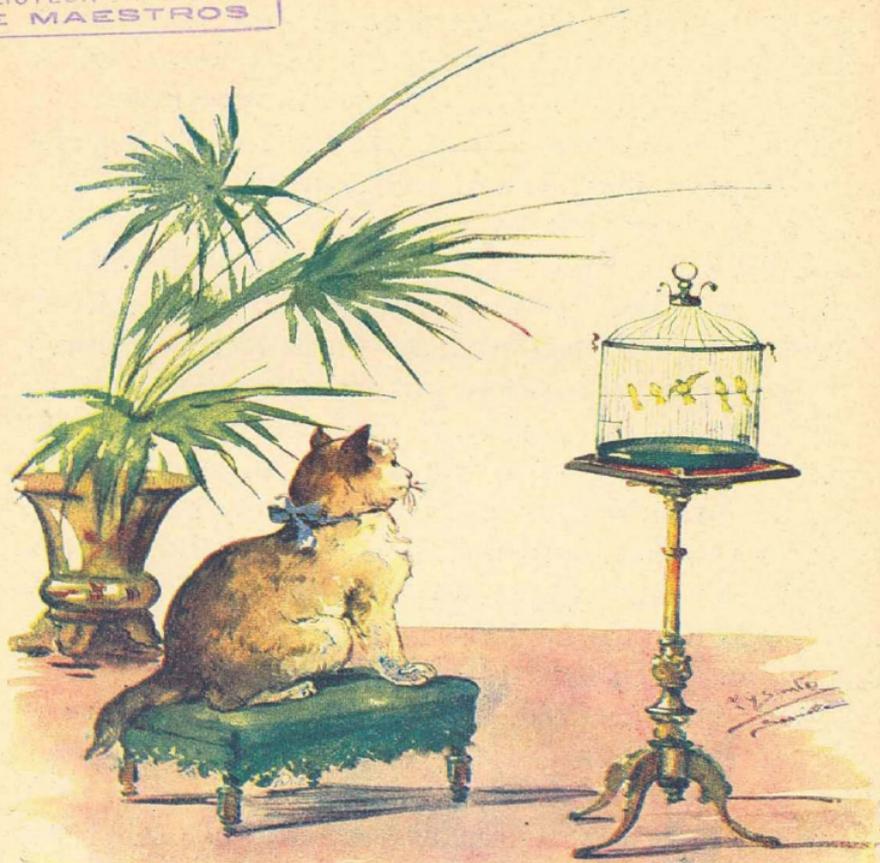
pico grande muy abierto, se asomaban afuera del nido, esperando que la madre les llevara su comida. ¡Pobrecitos! Adita contenía la respiración para no asustarlos. Tembló pensando que, por su curiosidad, la madre podría abandonarlos.

Llevó un huevo cocido y, dividiéndolo por el medio, lo introdujo en la jaula. Y corrió luego á participar el acontecimiento á su papá, á su mamá y á sus hermanitos.

Cuando, volando torpemente, los pichones bajaron por primera vez del nido, Adita, Juan, Jorge y Tito no pudieron contener su admiración. Tenían apenas quince días y estaban ya cubiertos de plumas amarillas como sus padres, y saltaban de un palito á otro. Ahora uno de los pichones trata de imitar los trinos del canario grande.

Adita todas las mañanas limpia la jaula de sus canarios. Les cambia el agua para que la tengan fresca para bañarse y para beber, y les pone alpiste, lechuga y huevo duro.

Pero nada les gusta tanto como el azúcar y las uvas.



CONTEMPLACIÓN

## PATITAS DE TERCIOPELO

—¡Mira el gato! Se pasa así las horas, inmóvil, contemplando á los canarios.

—¿Qué pensará? ¿Será que le parecen bonitos? ¿ó que le gusta escuchar su canto?

—Lo que le gustaría sería comérselos...

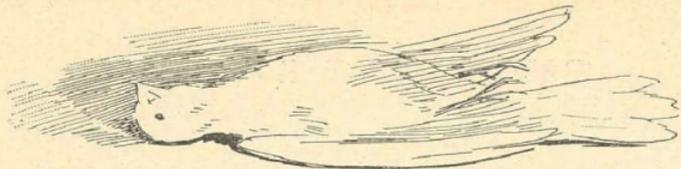
—¡Oh!, yo lo he visto muchas veces en el jardín mirando á la luna del mismo modo, y no querría comerse la luna, ¿verdad?

—¡Claro que no! Pero ¿no lo hemos visto también tratando de cazar los pajaritos sueltos? En cuanto bajan al suelo á comer el alpiste que cae de las jaulas, ya está el gato en acecho, escondido entre las plantas...

—¡Pobres pajaritos! Felizmente tienen alas y no caerán fácilmente en sus garras...

—Pero debemos tener cuidado de no dejar nunca la jaula á su alcance.

—¡Pícaro Mimoso! ¿No te damos bastantes golosinas? Ven más bien á jugar con nosotros, con tus patitas de terciopelo, escondiendo las uñas como sabes hacerlo. Así nos divertiremos sin hacer daño á nadie.



## LOS FUNERALES DEL PAJARITO

(Adaptado del inglés)

- ¿Quién mató el pajarito?  
— Yo, con mis garras, dijo el gavilán.  
— ¿Quién lo vió morir?  
— Yo, dijo la mosca, con mis buenos ojos.  
— ¿Quién recogió su sangre?  
— Yo, dijo la amapola, en mi fuentecita.  
— ¿Quién tejió su mortaja?  
— Yo, dijo la araña, con mi hilo de seda.  
— ¿Quién cavará su fosa?  
— Yo, dijo el peludo, con mis dos manos.  
— ¿Quién lo velará?  
— Yo, dijo la luciérnaga, con mi linterna.  
— ¿Quién lo llevará á enterrar?  
— Yo, dijo la hormiga, con mis antenas.  
— ¿Quién tocará la campana?  
— Yo, dijo el grillo, con mi *gri, gri*.  
— ¿Quién será el organista?  
— Yo, dijo el sapo, con mi *croac, croac*.  
— ¿Quién le cantará un salmo?  
— Yo, dijo el zorzal, con mi más dulce canto.  
— ¿Y quién le llorará?  
— Yo, dijo la pajarita, con mi *pio, pio*.

## HISTORIA DE UNA PELOTA

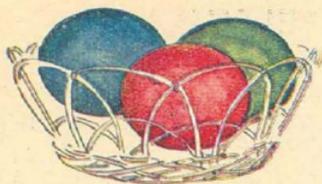
Antes de ser lo que soy, viví largo tiempo encerrada en un árbol, en un bosque del Brasil. Era yo entonces una savia blanca y lechosa; subía y bajaba por las ramas.

Un día unos hombres hicieron varios tajos en el tronco del árbol y caí líquida en una vasija.

Me estiraron sobre una tabla, y sentí que me ponía más espesa y pegajosa... Me hicieron luego pasar por un fuego de coco, y me convertí entonces en una pasta morenita y seca.

Después me llevaron á una fábrica. De ahí salí con la forma que ahora tengo. Mi alegría fué muy grande. ¡Podía rodar por el mundo! Y mayor fué mi contento cuando me vi de un hermoso color rojo brillante...

Pero debía aún pasar largo tiempo en una tienda, dentro de una canasta, con muchas compañeras. Me aburría allí porque teníamos que estarnos quietas. Sólo



podíamos rodar un poquito, cuando alguno caminando volcaba la canasta.

Pero en seguida nos recogían, y volvíamos á la quietud.

Cuando entraba algún comprador, el tendero nos llenaba de elogios. Yo me ponía orgullosa, y brillaba más que nunca. Los chicos deseaban poseerme, pero encontraban que era «muy cara».

Un día—¡no me olvido!—me llevé un gran susto. Un muchacho revoltoso me tomó en sus manos, y dijo: «Me gustaría saber lo que tiene dentro.» Me alegré entonces de ser «tan cara». Eso me salvó seguramente de caer en su poder.

Por fin unos niñitos me llevaron. Era un día de fiesta. ¡Qué contentos estábamos! ¡Cómo saltábamos todos! Me tiraban contra la pared, y yo volvía, pegaba en el suelo, rebotaba, y entraba de nuevo en la mano de mis amiguitos.

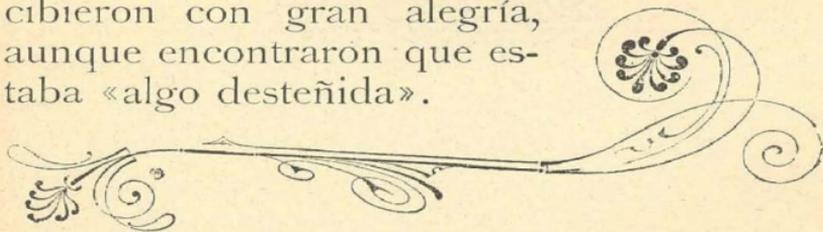
Jugábamos siempre así, hasta que un día

¡ay! salté tan alto, que caí en la azotea de una casa vecina. No sabía cómo bajar de allí, pues sola no puedo caminar sino en una pendiente.

¿Qué será de mí? me preguntaba...

Por fin, anoche empezó á llover. ¡Qué miedo tenía! Me ponía pálida, cada vez más pálida. En eso sentí que el agua me llevaba por un caño angosto... Creí que el caño no tenía fin, cuando ¡zás! caí rápidamente en un aljibe. Felizmente sé nadar; floté sobre el agua, y, como ven, no me he ahogado...

Esta mañana, con gran sorpresa unos niños me vieron salir en el balde del aljibe. En seguida me llevaron á sus vecinitos, pensando que podría pertenecerles. Mis antiguos dueños agradecieron la devolución, y me recibieron con gran alegría, aunque encontraron que estaba «algo desteñida».





VERANO

## LAS ISLAS

—¿Quieren ir al Tigre? preguntó una tarde Eduardo á sus sobrinos.

Adita, Juan, Jorge y Tito aceptaron la invitación con entusiasmo.

El tranvía eléctrico los llevó en pocos minutos á la estación del Retiro, donde tomaron el tren.

Después de recorrido el pintoresco camino llegaron al Tigre.

Allí subieron en un bote. Eduardo remaba y Juan, improvisado timonel, dirigía el bote tirando de la sogá de la derecha, cuando tenían que doblar á la derecha, y de la de la izquierda, cuando debían doblar á la izquierda. Como el bote era muy liviano, no tardaron en llegar á una isla donde desembarcaron, amarrando el bote á un árbol para que no se lo llevara la corriente.

¡Qué peras tan apetitosas había en la isla, amarillas, grandes, sanitas! ¡Y cuántos duraznos, membrillos y manzanas!

Eduardo juntó una buena cantidad de

aquella fruta, y se sentaron todos á comerla, á la sombra de los frondosos sauces de la orilla.

La fruta del Tigre es tan sabrosa y abundante porque las inundaciones continuas, además de regar la tierra, depositan sobre ella grandes cantidades de *limo*. El limo contiene restos vegetales que la fertilizan.

Los niños admiraron también las variadas flores que adornaban la isla, y entre todos hicieron un precioso ramo.

Adita cortó flores de caña blanca.

—¡Qué perfume exquisito tienen! exclamó. Por su forma parecen mariposas.

—Por eso en algunas provincias las llaman «mariposas griegas», le contestó su tío.

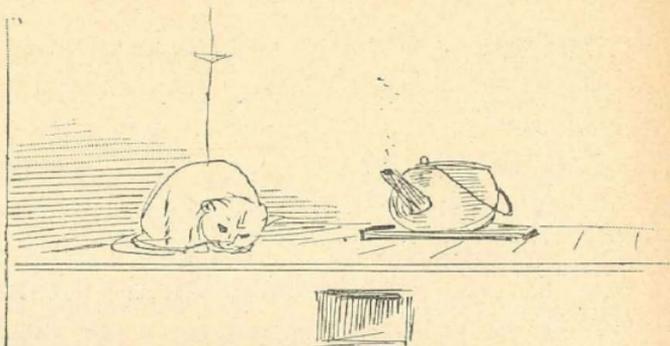
Juan se subió á un ceibo, y cortó los vistosos racimos de flores rojas. Y Eduardo se embarró los botines buscando helechos en el centro de la isla.

Por fin, cargados de flores, tío y sobrinos subieron de nuevo al bote para volver á la estación. Allí vieron grandes canastos de frutas que los isleños habían llevado en

sus botes. Un botero les explicó que aquella fruta sería transportada en el tren para ser luego vendida en los mercados de la ciudad.

De vuelta en su casa, los niños hicieron participar á sus padres de las alegrías del paseo, contándoles cuanto habían visto. Y no se olvidaron tampoco de agradecer á su tío Eduardo el placer que les había proporcionado.





## UNA SIESTA EN LA COCINA

CANCIÓN DE LAS MOSCAS

¡Zum, zum, zumbemos  
brillando al sol!  
¡Saque sus cuernos  
el caracol!

Somos las reinas  
de la cocina,  
hasta que llegue  
Doña Justina.

Salta una chispa  
y otra del fuego  
como estrellitas  
siguiendo un juego.



El agua hierve  
¡qué musiquita!  
mueve la tapa  
de la marmita.



Mientras el queso  
come el ratón,  
el gato duerme  
junto al fogón.



Cuelga de un clavo  
una sartén;  
en ese espejo  
me veo bien.



La escoba sueña  
en su rincón  
que está bailando  
un rigodón.



Y que la pala,  
su compañera,  
baila con gracia  
una habanera.

En la rosada  
nariz del gato  
yo muy contenta  
descanso un rato.

¡Cuidado, moscas,  
con esa araña!  
tiende su tela  
con mucha maña.

¡Ay! ¡la Justina  
con su plumero!  
¿á dónde iremos?  
¿al gallinero?

No, que Justina  
amasa roscas,  
¿para quién? dime...  
para las moscas.



## DOS NIÑAS DESCONTENTAS

(Adaptado de Mantilla)

Merceditas salió un día á pasear en coche con su mamá. Atravesando el campo, vieron á una chica sin medias ni zapatos que, con el cabello suelto, corría por el pasto cantando alegremente y recogiendo flores. Parecía un pajarito en libertad.

— Mamá, yo quisiera correr como esa chica, sin medias ni zapatos, dijo Merceditas.

— Hay espinas que te pincharían, hijita, contestó la mamá.

—¿Y cómo esa chica anda descalza?

—Porque así ha andado siempre. La piel de la planta de los pies se le ha encallecido, y las asperezas no la lastiman como te lastimarían á tí.

—Entonces, aunque sea con zapatos, quiero correr y quitarme el sombrero para poner dentro las flores que recoja, como en una canastita.

—Hoy no podemos detenernos, querida; además llevas puestos el sombrero y el vestido nuevos, y no debes estropearlos.

Merceditas se quedó descontenta. ¡Sería tan lindo correr descalza por el campo! «Esa chica es más feliz que yo», pensó. Y Merceditas en su coche parecía un pajarito apisionado en una jaula.

La pequeña Genoveva también había visto á Merceditas; había suspendido sus juegos; y también estaba pensativa...

Cuando volvió á su casa, su madre le preguntó:—¿Te has divertido Genoveva?

Genoveva contestó:—Vi pasar en un precioso coche á una niña peinada con rulos.

Tenía vestido, sombrero y zapatos nuevos. Yo estaba cansada y tuve que volverme á pie y descalza. Esa niña es mucho más feliz que yo.

La mamá de Genoveva era lavandera de la mamá de Merceditas. Cuando vió á su señora, le contó el descontento de su hija.

La señora refirió á su vez las quejas de Merceditas, y dijo: Para que las dos estén contentas, Merceditas llevará mañana á Genoveva un sombrero de paja, un par de medias y un par de zapatos nuevos. Y las dos irán juntas á jugar y á correr por el campo recogiendo flores.





NIÑAS FELICES

## CASITA DE BARRO

¿Qué hacen tan afanados Manolo, Juan, y Jorge?

Arremangados hasta los codos, sumergen los brazos en el barro que han preparado en un pozo, en el suelo.

Lo amasan y luego, con una cajita que les sirve de molde, forman, de ese barro, pequeños *paralelepípedos*.

Son ladrillos en preparación.

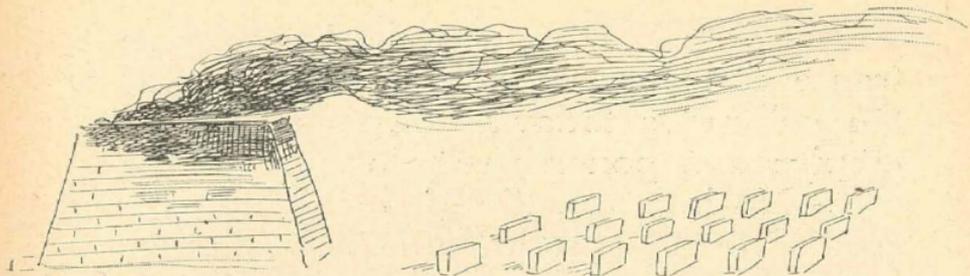
Con mucho cuidado, para que no se peguen unos con otros, los van colocando uno por uno en el suelo, sobre hierba desmenuzada. Cuando están secos de un lado, los dan vuelta para que se sequen del otro.

—Mientras acaban de secarse, hagamos el horno, dice Juancito.

—¿Para qué? pregunta Tito, que ha sido admitido como ayudante de los tres obreros.

—¿No sabes que los ladrillos con que se edifican las casas, no son sino *barro cocido*?

—Entonces ¿por qué no los pones en el horno de la cocina?



—¡Qué locura! ¡Se llenaría de humo la cocina! ¿Y qué diría la cocinera? Haremos un horno de ladrillos, como los verdaderos.

Con ladrillos viejos hacen el horno, abierto por arriba. Antes de cerrar sus cuatro costados han colocado dentro del horno, en hileras, los trozos de barro ya secos. Y entre ellos ramas secas y paja que servirán de leña. Cuando encienden el horno, sale por la abertura una espesa nube de humo.

—Mientras se cuecen los ladrillos, preparemos el terreno para edificar nuestra casa, propone Manolo.

Y allá van todos, y trabajan hasta dejar bien limpio el terreno elegido. Apartan los cascotes, arrancan los yuyos, y emparejan la tierra.

Cuando vuelven á ver el horno, encuentran el fuego apagado. ¡Y los ladrillos no están colorados todavía! ¡Apenas dos ó tres empiezan á ponerse rosados por una punta!

—No importa, dice Juan; como el barro estaba bien amasado, aunque no estén colorados, los ladrillos resultan muy sólidos. Ahora, para trabajar como verdaderos *albañiles*, prepararemos la *argamasa*.

—Aquí está la cal, dice Jorge.

—Aquí hay arena, dice Manolo.

—Y aquí hay agua, dice Juan. Hay que mezclarlo todo.

Y tomando cada uno un palo, empiezan á revolver. No pueden hacerlo con la mano porque, al caer sobre la cal viva, el agua hierve como si estuviera en el fuego.

—¡Qué linda mezcla! exclama Tito, y quiere acercarse á ver, pero sus hermanos no se lo permiten, porque puede hacerse daño.

Cargan en una carretilla los ladrillos que ya están fríos, y, en un balde, llevan la argamasa al sitio señalado para la construcción.

—Yo que voy á ser ingeniero, haré el plano, dice Jorge.

—No se necesita plano, porque la casa será de una sola habitación.

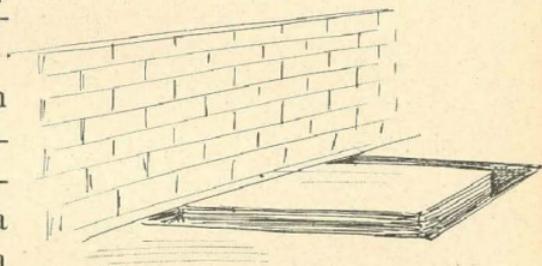
—No importa, yo trazaré las líneas, insiste Jorge. Y con una azada marca un *rectángulo* contra la pared para no tener que levantar más que tres paredes.

Sobre el *perímetro* señalado cavan una zanjita y colocan en el fondo una hilera de ladrillos: son los *cimientos*.

Los obreros son ágiles; pronto terminan las paredes, dejando un hueco para la puerta y otro para la ventana. Así la casa tendrá el aire y la luz necesarias.

La puerta y la ventana serán de madera. ¿De qué pondrán el techo? ¿De zinc? No, la paja es más fresca, más bonita, y más fácil de conseguir.

Con gajos de árbol forman la armazón



y luego la cubren con las envolturas de paja de las botellas. Y queda concluído el techo, inclinado para que corra el agua de las lluvias.

—¡Bravo! ¡Ya está la casa!

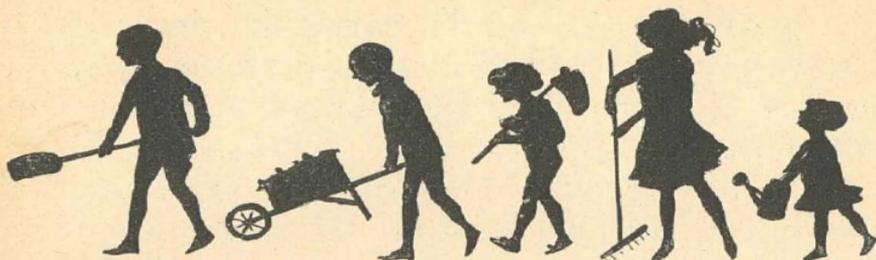
—Los obreros verdaderos, cuando colocan el techo, enarbolan en él una rama verde en señal de fiesta, dice Manolo.

—Ponle más bien mi bandera, ofreció Tito corriendo á buscarla.

La abuelita, el abuelo, la mamá, el papá y todos los habitantes del Arca de Noé acuden á ver la casita, que tiene: paredes de *material*, puerta y ventana de madera, techo de paja y una banderita de adorno, como si fuera el 25 de Mayo ó festejaran una victoria.

En realidad, Manolo, Juan y Jorge, han obtenido el triunfo de su trabajo.





## EL JARDÍN

¿A dónde van Manolo con una pala, Juan con su carretilla cargada de plantas, Jorge con su azada, Adita con un rastrillo y Tito con su regadera?

¡Parece una procesión! Los albañiles de ayer, trabajadores infatigables, son hoy jardineros. Van á hacer el jardín delante de la casita.

Trazan los cuadros, cavan la tierra y plantan: en los bordes manzanilla, más adentro violetas, y en los centros malvas, rosas y claveles. Tito riega...

Juan quiere hacer una montaña, Jorge un estanque.

Todos pueden satisfacer sus deseos.

Juan acarrea en la carretilla tierra para su montaña. Cuando está bastante alta, la cubre de gramilla, que riega luego abundantemente.

Jorge aprovecha para su estanque, el pozo que ha hecho Juan al sacar la tierra para la montaña. Lo revoca por dentro con tierra romana, amasada con agua. Cuando esa pasta esté seca, podrán echar el agua sin temor de que la tierra la absorba.

Adita adorna los bordes del estanque plantando helechos, é incrusta en la tierra, formando dibujos caprichosos, las conchitas y caracoles de colores variados que su tío Eduardo le trajo de la costa del mar.

Terminado el jardín, los jardineros invitan á sus amiguitos á visitarlo.

—Faltan dos cosas, dice María Delia; pintar la casa, y poner una reja alrededor del jardín, para que no entren perros ni gallinas que lo destruyan.

¡Vuelta al trabajo!

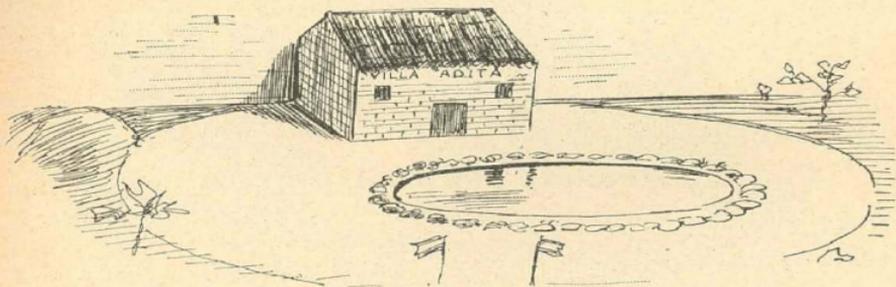
Con cal disuelta en agua, blanquean las paredes.

Y con alambre y estacas clavadas en la tierra, forman un cerco, dejando una abertura para el portón que será de madera.

Por fin Juan, muy satisfecho, toma un pedazo de carbón y escribe con grandes letras en el frente de la casa «Villa Adita».

Adita da las gracias, y los chicos aplauden.

¿Verdad que es bonita «Villa Adita»?  
¿Podrían ustedes construir otra igual?



## EL AGUA

Pasan las nubecitas... Parecen vendedoras que preguntan «¿quién quiere agua? ¿quién quiere agua?»

Y en la tierra hay un concierto de voces que responden: «¡Yo, yo!» Desde las hierbecillas hasta los árboles gigantes, desde los pajaritos hasta los hombres, todos quieren agua.

Y las nubes tienen agua para todos. Sería muy triste carecer de agua. En algunas regiones es tan escasa, que tienen que transportarla, por diversos medios, de lugares muy lejanos.

Aprovechemos nosotros que la tenemos abundante, para lavarnos siempre, y bañarnos muy á menudo.

El agua es necesaria á la piel como el aire á los pulmones. Abre los poros por los cuales también respiramos.

Y la tenemos gratis, pues aunque las nubecitas parecen vendedoras que preguntan «¿quién quiere agua?» la dejan caer sobre la tierra sin exigirnos nada en cambio.

Sin embargo, como en todas las cosas, con el agua debemos también ser moderados. No es bueno beber demasiado, ni demasiado de prisa, ni darnos baños exageradamente largos. Tampoco debemos beber cuando estamos agitados por haber corrido ó por cualquier otro ejercicio.

Nosotros quisiéramos poder decir á las nubecitas que pasan: «Sí, queremos agua, pero no tanta que pueda traer inundaciones.»



## DOS HERMANAS

CUENTO

Una mañana se veía, sobre el cielo azul, una nubecita muy blanca.

Los niños al mirarla decían, unos que parecía una paloma, otros que un cordero, otros que un copo de algodón.

Por la tarde se puso muy bonita. El sol, al esconderse, le dió muchos colores. Primero la puso rosada; luego violeta y dorada. Parecía un tul de oro, ó una rosa de fuego ó una piedra preciosa.

De pronto se la vió ponerse gris, cada vez más gris y más obscura. El sol, alarmado, le preguntó:

—¿Por qué estás triste, nubecita? ¿No te gustan los colores con que te visto?

—¡Oh! sí, contestó la interpelada. Pero estoy triste, porque ando por el cielo buscando á mi hermana y no la encuentro.

—Yo la vi, contestó el sol. Pasó delante de mí hace un instante; parece que se dirigía hacia el Sud. Justamente empieza á so-

plar un vientecillo en aquella dirección. ¿Por qué no le pides que te lleve hacia ella?

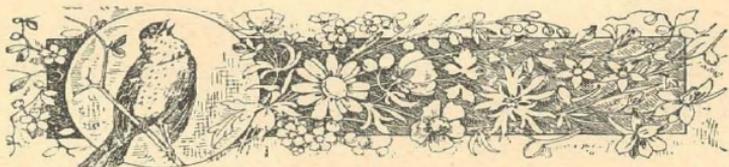
—Gracias, buen padre Sol, seguiré tu consejo.

A pedido de la nubecita, el viento la llevó consigo.

—¿A dónde irá tan de prisa? se preguntaron los niños que la miraban todavía. Ya no parece un cordero, ni un copo de algodón. ¡Ahora sí que parece una paloma que ha desplegado las alas y vuelve afanosa á su palomar!

En eso la nubecita llegó adonde estaba su hermana. Al verse las dos, se dieron un abrazo muy apretado y empezaron á llorar de alegría.

Los niños recibieron en el rostro una inesperada lluvia. Era una lluviecita de verano que regocijaba á la tierra. Y cuando las hojas de las plantas. estuvieron lavadas y brillantes, los pajaritos cantaron.



## LAS TARJETAS DE EMILIO

Era el primero de año. Delante de una vidriera, Emilio contemplaba una gran colección de tarjetas. Las había de todas clases: bordadas de seda, pintadas á mano, con flores, barcos, gatos, perros, pajaritos, paisajes y retratos de personas. Eran todas tan preciosas que Emilio no sabía cuál preferir.

Entró á la librería y preguntó el precio. Cada una costaba veinte centavos. ¡Y él sólo poseía una moneda de diez centavos!

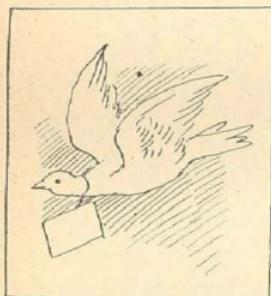
Desencantado se retiró. ¡Le hubiera agradado tanto enviar á sus primos unas tarjetas deseándoles felicidad, mucha felicidad! ¡María y Florentina eran tan buenas y sencillas! ¡Y José era tan leal y generoso!

Sin poder decidirse á volver á su casa sin las tarjetas, se acercó de nuevo á la vidriera, y pasó largo rato eligiendo la que regalaría, si pudiera, á cada uno de sus primos.

La del ramo de rosas, no-me-olvides y un botón de oro, tan bien pintados que pa-

recían naturales, la elegiría para María que tenía los ojos celestes como el no-melvides, el pelo rubio como el botón de oro, y era rosada como las rosas.

Para Florentina prefería la de la palomita que llevaba



una cartita atada al cuello. Florentina era blanca y suave como la paloma. Y para José le gustaba la que representaba un sembrador, con el delantal lleno de granos, esparciéndolos á puñados por el campo.

José era muy trabajador, y sus aficiones campestres hacían pensar que algún día sería también un sembrador.

No pudiendo comprar ninguna de aquellas lindas tarjetas, Emilio se alejó con tristeza.



Pero, al llegar á su casa, se le ocurrió una idea que lo llenó de alegría. Volvió por el mismo camino y entró resueltamente á la librería, pidiendo tres tarjetitas en blanco. Dió su moneda y recibió las tarjetas y cinco centavos de vuelta, y con ellos compró en una tienda un metro de cinta angostita que dividió cuidadosamente en tres partes.

En el jardín de su casa cortó rosas, nome-olvides y un botón de oro, é hizo un ramo exactamente igual al de la tarjeta que hubiera elegido para María. En una de las tarjetas en blanco, con su mejor letra, escribió la dedicatoria para María, y, con una de las cintas, la ató al ramo.

Arrimó luego una escalera á la pared donde tenían sus nichos las palomas, y eligiendo la más blanca, le ató al cuello otra tarjeta escrita para Florentina.

Faltaba el sembrador para José. ¿Qué podía enviarle que se le pareciera? ¿Una cajita con semillas? No, eso no era bonito.

Aguzando el ingenio, encontró por fin una idea que le satisfizo; le enviaría un ma-

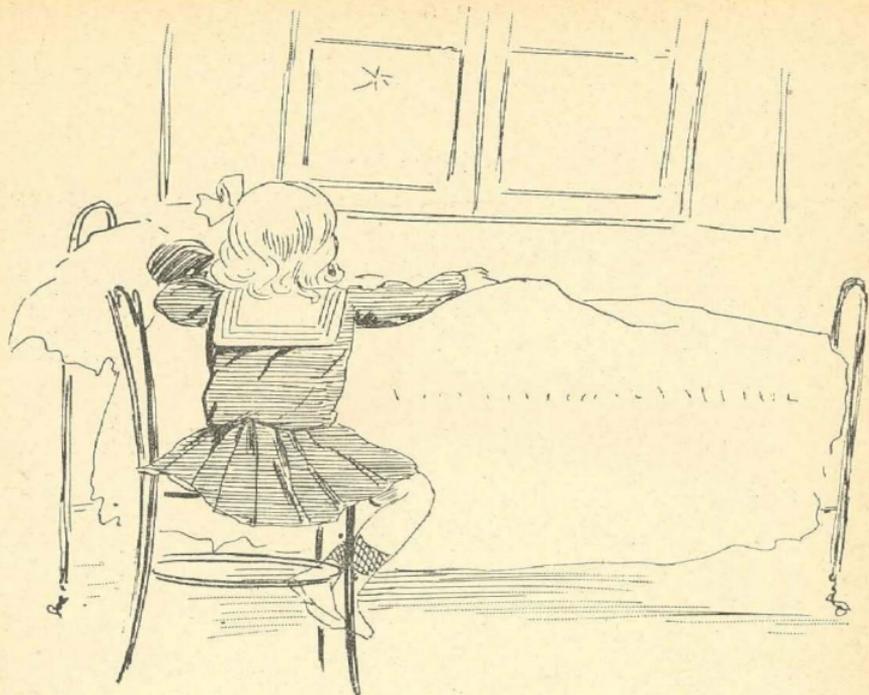
nojo de espigas, emblema de felicidad y de trabajo.

¿Pero dónde conseguirlas?

Recordó que á media legua de su casa había trigo maduro y salió presuroso á buscarlo. Trajo un manojó de doradas espigas, y atándole, con la cinta que le quedaba, la tercera tarjeta, escribió en ella la dedicatoria para José.

María, Florentina y José recibieron muchas tarjetas, porque eran muy buenos y todos los querían, pero nada les agradó tanto como los obsequios de su primo Emilio.





## LA ESTRELLA

CUENTO

Había una vez dos huerfanitas; Marta estaba enferma y su hermana Delia la cuidaba. Una noche Martita vió una estrella á través de los vidrios de su cuarto.

—Niñita, ¿por qué me miras tanto? le dijo la estrella.

—Estrellita, me pareces una casita de oro, dijo Marta; ¿pero no tienes puertas ni ventanas?

—Tengo ventanas por donde entra la más suave brisa, y una puerta abierta de par en par, contestó la estrella y desapareció.

A la noche siguiente volvió á aparecer y á preguntarle:

—Niñita, ¿por qué me miras tanto?

—Estrellita, casita de oro; tienes ventanas por donde entra la más suave brisa y una puerta abierta de par en par; pero ¿no hay nada dentro de ti? dijo Marta.

—Tengo una camita de rosas blancas, una mesita de brillantes, una silla de perlas y una tacita de plata, contestó la estrella y desapareció.

A la tercera noche volvió á preguntarle:

—Niñita, ¿por qué me miras tanto?

Y Marta dijo:

—Estrellita, casita de oro, que tienes ventanas por donde entra la más suave brisa y una puerta abierta de par en par, una camita de rosas blancas, una mesa de bri-

llantes, una silla de perlas y una tacita de plata ¿á quién esperas?

—Te espero á ti, contestó la estrella.

Y la enfermita vió entonces que la estrella se acercaba pasando sus rayos uno á uno á través de los vidrios... Y los rayos eran cada vez más brillantes; cubrían las paredes, el piso, el techo del cuarto.

—Éstoy dentro de ti, dijo la niña

Miró la cama en que estaba acostada, y vió que era de rosas blancas. A su lado había una mesa de brillantes, una silla de perlas y una tacita de plata.

—Todo esto es para mí, dijo Marta sonriendo; cerró los ojos y empezó á soñar un sueño muy lindo que dura todavía y que no tiene fin.

Delia lloraba y preguntaba: ¿dónde está mi hermana? Y una noche vió la estrella. Y la estrella le preguntó:

—Hermanita, ¿por qué me miras tanto?

—Estrellita, me pareces una casita de oro, contestó Delia, pero, ¿no tienes puertas ni ventanas?

—Tengo ventanas por donde entra la más suave brisa y una puerta abierta de par en par, contestó la estrella. Tengo además una mesa de brillantes, una silla de perlas, una tacita de plata. Y una camita de rosas blancas donde una niñita sueña un sueño muy lindo que no tiene fin.

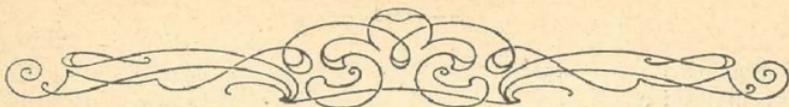
—¿Y por qué tienes aún la puerta abierta de par en par?

—Porque te espero á ti, dijo la estrella, y desapareció.

Delia que era ya grandecita, enjugó sus lágrimas, y empezó á trabajar. Se hizo muy ordenada pensando: si no soy aseada no podré entrar en la estrella donde todo debe brillar. Se hizo también muy buena pensando: la estrella está muy alta en el cielo, y si no soy buena, me avergonzaré de encontrarme en una región tan pura. Y entre todas las estrellas del cielo reconocía cada noche aquella en que estaba su hermana.

Y después de muchos años, cuando Delia era ya una viejecita muy buena, muy aseada, que había trabajado mucho, y que contaba

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Cómo se escribió este libro.....	7
El escudo argentino.....	11
El general Belgrano.....	13
El Arca de Noé.....	16
Los juguetes.....	18
Las visitas.....	20
El señor Tic, Tac.....	22
La señora Ding, Dong, Ding (versos).....	23
Tito y Pipo.....	24
Un buen amigo.....	25
Cuadro de familia.....	26
Lo que pensaba el papá.....	27
Lo que cantaba la mamá (versos).....	28
Otra familia feliz.....	30
El rey del gallinero.....	31
¿Salgamos á pasear?.....	32
La más trabajadora.....	34
¿Por qué llora Tito?.....	35
¿Quién soy?.....	36
¡Cuidado con el fuego!.....	37
La Roja.....	38
Repollita.....	39
La pastorcita y sus ovejas.....	40
Canción de la pastorcita (versos).....	41

	Páginas
La fiesta de los sapos .....	42
La palomita .....	44
Juego de colores .....	46
Vuela, vuela .....	48
El santo de mamá (versos).....	50
Caza de mariposas.....	52
La abeja y el penacho colorado (fábula).....	54
Azabache.....	56
En la mesa .....	58
Hacia la escuela (versos) .....	60
Domingo F. Sarmiento .....	61
Los colores .....	62
En la Pampa .....	64
Otoño .....	66
La hoja inquieta .....	67
¿Qué será? .....	70
La arañita compasiva.....	71
Vistiendo á la muñeca.....	74
La mesita.....	76
El Invencible .....	81
Una planta que parece de cuento .....	84
Invierno .....	85
Cuento de la abuela .....	86
Canción de la abuela (versos) .....	89
Consejos de la abuela.....	90
A pescar .....	91
El herbario.....	94
El ramito de violetas .....	98
El amigo del hombre .....	100
Primavera.....	104
Cómo las maravillas aprendieron á trepar .....	105
La riqueza de Max .....	108
El secreto de Adita.....	111
Pascual .....	114

	<u>Páginas</u>
Acción laudable .....	116
El vestido de percal .....	118
¿Volverás á mí?.....	122
Cómo el gusano de seda se hizo mariposa .....	124
Una cosa me encontré .....	129
La campana (cuento) .....	130
El susto de Tito .....	133
Sombras y figuras.....	135
A buen vendedor, buen comprador .....	136
No ocultar las travesuras .....	138
El hermanito (cuento) .....	139
Los animales y la música .....	142
Hada y Adita .....	144
El arbolito descontento (cuento) .....	148
Los canarios .....	151
Contemplación (acuarela).....	154
Patitas de terciopelo .....	155
Los funerales del pajarito.....	156
Historia de una pelota .....	157
Verano.....	160
Las islas .....	161
Una siesta en la cocina (versos).....	164
Dos niñas descontentas .....	166
Niñas felices.....	169
Casita de barro .....	170
El jardín .....	175
El agua .....	178
Dos hermanas (cuento) .....	180
Las tarjetas de Emilio.....	182
La estrella (cuento) .....	186



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



